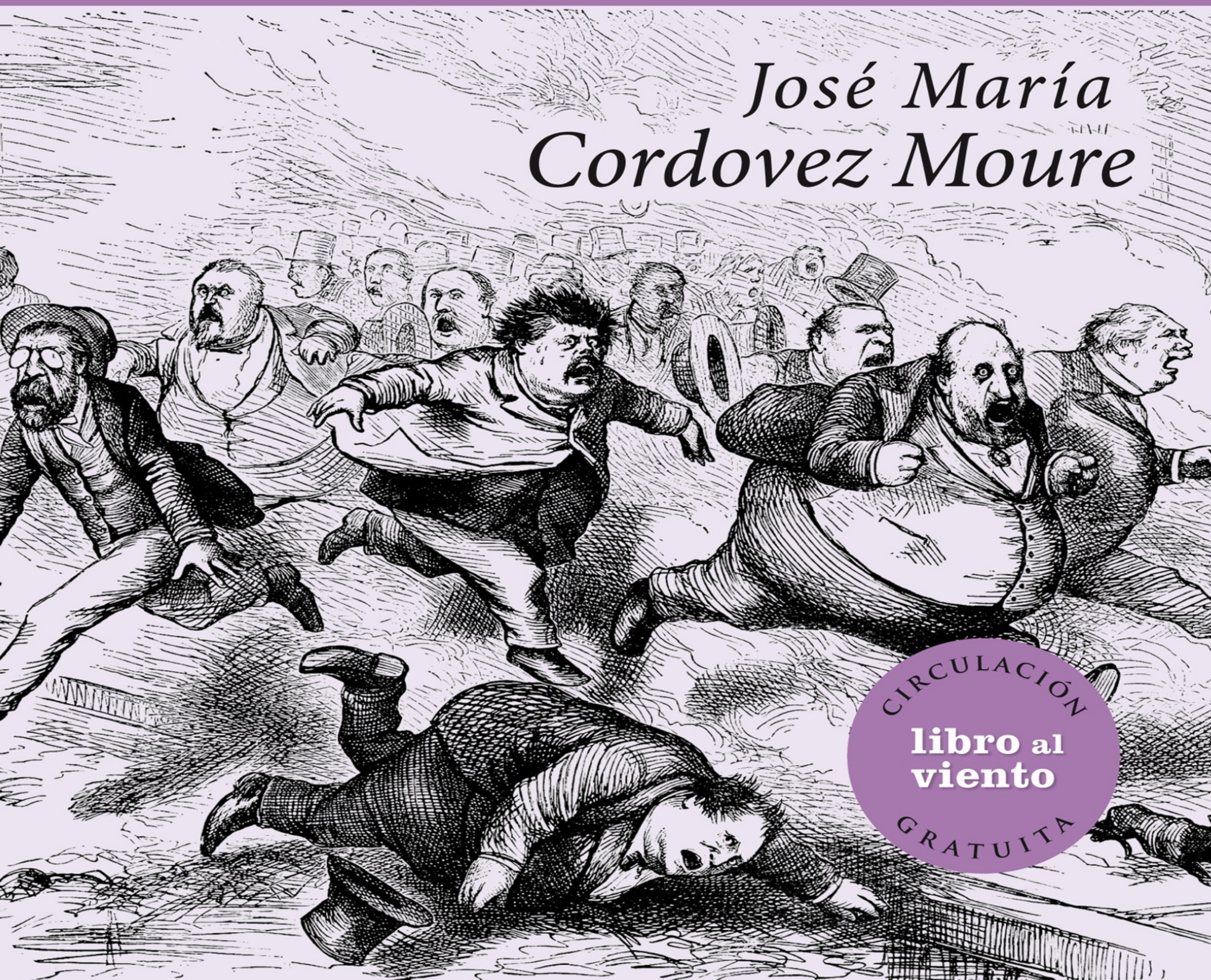
Semblanzas poco ejemplares

José María Cordovez Moure





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes



Semblanzas poco ejemplares

José María
Cordovez Moure

«Miguel Perdomo Neira»
«Nieves Ramos»
«Roncoy, el último verdugo de Santafé»

Alcaldía Mayor de Bogotá
Gustavo Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Clarisa Ruiz Correal, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de Artes
Valentín Ortiz Díaz, Gerente del Área de Literatura
Paola Cárdenas Jaramillo, Asesora
Javier Rojas Forero, Asesor administrativo
Mariana Jaramillo Fonseca, Asesora de Dimensiones
Daniel Chaparro Díaz, Coordinador de Dimensiones
Carlos Ramírez Pérez, Profesional universitario

Secretaría de Educación del Distrito
Óscar Sánchez Jaramillo, Secretario de Educación
Nohora Patricia Buriticá Céspedes, Subsecretaria de Calidad y Pertinencia
José Miguel Villarreal Barón, Director de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Luz Ángela Campos Vargas, Carmen Cecilia González Cristancho, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Primera edición: Bogotá, septiembre de 2013

Imágenes: portada: Thomas Nast, «Corrupción de Nueva York: “Al ladrón”, estampida tras encontrar el chivo expiatorio», en Paine, Albert Bigelow, *Th. Nast: His Period and His Pictures*, The Macmillan Company, Nueva York, 1904, tomado de ClipArt etc [http://etc.usf.edu/clipart/], Educational Technology [fcit], College of Education, University of South Florida; página 19: detalle de Ramón Torres Méndez, *Reyerta en un juego de bolo*, c. 1870, acuarela sobre papel, 23,3 × 29,4 cm, colección Biblioteca Luis Ángel Arango.

www.institutodelasartes.gov.co

ISBN 978-958-58018-5-1 (impreso)
ISBN 978-958-58486-8-9 (epub)

Edición: Antonio García Ángel
Diseño gráfico: Óscar Pinto Siabatto
Producción eBook: eLibros Editorial

Contenido

Cordovez moure

Yo miro a Cordovez con mucha envidia:
primero, porque sabe tanta cosa;
segundo, porque vence la desidia,
y cuenta en fácil y correcta prosa,
que al lector ni confunde ni fastidia,
de Bogotá la crónica sabrosa,
y uno siempre recuerda con cariño
las consejas que oyó cuando era niño.

PRÓLOGO DE ROBERTO MAC DOUALL,
TOMO 4 DE LAS *REMINISCENCIAS*,
BOGOTÁ, 2 DE ENERO DE 1898.

En nuestro título número 93 hemos regresado a don José María Cordovez Moure, a quien ya habíamos publicado en los inicios de este programa, cuando *Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá* se convirtió en el quinto título de *Libro al Viento*; y hemos vuelto por muchas razones. La principal, porque sus *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, que constan de cinco tomos, guardan el equivalente a treinta libros como este que el lector tiene en sus manos. Muy buen material, por cierto, y de diferentes estilos, pues en don Pepe —como le decían amigos y conocidos— convivieron diferentes géneros, tonos y temas. Ahora, ochenta y ocho títulos más tarde, revisitamos su extensa obra para extractar estas *Semblanzas poco ejemplares*, otra faceta de este escritor imprescindible para comprender a Bogotá, sus historias y sus gentes.

Burócrata diverso y escritor tardío

Don José María Cordovez Moure, en sus *Recuerdos autobiográficos*, relata con gran humor las circunstancias en que nació. Su padre, el inmigrante chileno Manuel Antonio Cordovez, era aficionado a la música y había querido montar una ópera en Popayán, «donde se tenían ligeras nociones

del arte». Para ello escogió *Roberto el Diablo*, del compositor alemán Giacomo Meyerbeer. Como no había escenario ni artistas que cantaran, don Manuel Antonio tuvo la peregrina idea de hacerla traducir al español y montarla en su propia casa, utilizando a los esclavos negros de ambos sexos que poseía. Esta ópera, que combinaba la orquestación alemana y los cantos italianos, solía representarse en fastuosos escenarios parisinos, con vestuarios deslumbrantes, con las tecnologías más avanzadas del teatro; pero los asistentes que abarrotaron el interior de la casa y los tejados aledaños para ver en la temeraria versión de don Manuel Antonio Cordovez, cantada en la media lengua de los esclavos, sólo pudieron presenciar el primer acto. La función debió suspenderse por cuenta del nacimiento de don José María, el martes 13 de mayo de 1835. A partir de esa fecha, el autor «fue calificado de inoportuno e intruso en donde no se le había invitado».

Si los menesteres musicales no le iban muy bien al padre de don Pepe, la creciente prosperidad de la casa comercial que él y su hermano Isidoro poseían los impulsó a trasladarse a Santafé de Bogotá, donde amasaron una inmensa fortuna. Lo malo fue que después la perdieron en la quiebra de don Judas Tadeo Landínez, un ambicioso boyacense que había formado la «Compañía de Jiro y Descuento», en la que recibía inversiones y daba utilidades más altas que de costumbre. Se trataba de una pirámide o esquema de Ponzi —setenta y nueve años antes de que Carlo Ponzi, en Estados Unidos, diera su nombre a esta clásica estafa— que se derrumbó dejando a Landínez en la cárcel y a más de doscientas familias en la calle, entre ellas la de Manuel Antonio Cordovez.

José María ingresó en 1844 a la escuela pública de la Catedral; en 1847 fue internado en el Seminario Menor, dirigido por los jesuitas. Empezó a estudiar derecho en el elegante Colegio de San Buenaventura, pero las estrechas finanzas familiares lo obligaron a cambiarse al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de donde se graduó de abogado en 1852, a los 18 años. «Felizmente, no perjudicamos a nadie en el ejercicio de la profesión, porque no tuvimos clientela y no tenemos aptitudes para enredar al prójimo», explica Cordovez, quien pronto se vio empleado en el negocio familiar, que estaba ubicado en la carrera séptima, donde permaneció hasta que los suyos agotaron el último lote de mercancías.

El trato con gentes diversas que asistían al almacén, con todas las historias que llevaban y traían, fue una buena escuela para el futuro cronista. Además asistía a la tertulia que se celebraba en el almacén de don Ricardo Silva, que estaba a pocas cuadras de ahí. Mientras otros de su generación tomaban el camino de la política o las armas, Cordovez Moure debió velar por sus once hermanas, una de ellas ciega. Por ello se enteraba de todo a través de las historias que se contaban en el almacén y la tertulia, convirtiéndose en narrador y testigo, mientras los demás eran protagonistas.

Cuando la familia hubo agotado las provisiones del almacén, el joven abogado se aventuró a la siembra de quina en las montañas del páramo de Guanacas, en compañía de un primo disperso, disoluto y vivaracho que terminó por no pagarle lo acordado. Más tarde viajó a Quito, donde el caucano Joaquín Calvo, un antiguo protegido de la familia, lo embarcó en un negocio de curtiembres y luego huyó sin pagarle. Cuando regresó de Quito tuvo un fugaz empleo en la Legación del Perú en Colombia, con el que ni siquiera pudo pagar el frac y el uniforme que le habían exigido para desempeñar el cargo. Durante un tiempo se dedicó, con desigual fortuna, a las labores del campo. En 1862, tras un corto viaje al Perú para servir de «correo de gabinete» al ministro peruano en Bogotá, fue nombrado administrador de las salinas de Chita, en Boyacá, puesto en el que duró siete solitarios y trabajosos meses. Ese fue el primer empleo de su larga carrera de empleado público, que se prolongó por más de medio siglo: oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores, secretaría auxiliar del Senado y del Consulado de Colombia en Marsella; trabajó en la Administración de Correos de Cundinamarca, en la Oficina de Estadística Nacional, en la Sección de Salinas del Ministerio de Hacienda, en la contabilidad de los ministerios de Fomento, de Pensiones y del Tesoro. Fue también agente fiscal, inspector de ferrocarriles, de bancos, de las minas de Muzo, ministro de hacienda y, por último, visitador de los consulados colombianos en Europa y América. Igualmente fue síndico de los hospitales San Juan de Dios y El Buen Pastor, y llevó la investidura de cónsul general de Chile en Bogotá. Según Daniel Samper Ortega, semejante variedad de puestos muestra, más que su amplitud de conocimientos, las vicisitudes de cualquier colombiano que sirva al Estado.

Por las tardes, al salir de su despacho, don Pepe se iba a la tertulia de la Librería Americana, propiedad de Miguel Antonio Caro, donde se enteraba

de las novedades literarias y se entregaba a la conversación; entre sus amigos se contaban Rafael Pombo y José Manuel Marroquín, entre otros intelectuales, periodistas y poetas, pero a sus cincuenta y seis años no había escrito su primera crónica. Fue el 17 de julio de 1891 cuando se convirtió en escritor, merced a que don Jerónimo Argáez le pidiera una colaboración para su periódico *El Telegrama*. Cuarenta años atrás habían fusilado frente al Capitolio Nacional a la cuadrilla del doctor Raimundo Russi, un criminal famoso de la época. Ante las reticencias de don Pepe, el joven Alejandro Vega se ofreció para ser su escribano. Terminada la tarea y en vista de que se necesitaba un encabezado, a Vega se le ocurrió *Reminiscencias*. Al día siguiente, la historia del doctor Russi fue todo un éxito y, durante los siguientes veintisiete años, nuestro autor no se detuvo: escribió seis tomos de sus *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*, además de un tomo que relataba sus viajes por Europa y otro de recuerdos autobiográficos. Dos días antes de su muerte, ocurrida el 1 de junio de 1918, publicó en la revista *Cromos* su último texto, que trataba de los locos bogotanos. Tenía ochenta y tres años.

SEMBLANZAS POCO EJEMPLARES

Cordovez Moure tiene diversos registros. Es cronista, es costumbrista y es historiador; en ocasiones es todos ellos al mismo tiempo. Tanto Rafael Pombo, prologuista del segundo de sus tomos, como Germán Mejía Pajony, prologuista de la más reciente edición completa de las *Reminiscencias*, además del crítico Carlos Arturo Caparroso, coinciden en afirmar que habría dos tipos de temas en su obra: por un lado, las situaciones serias, los personajes relevantes y los hechos sobresalientes de nuestros anales patrios, como la Conspiración Septembrina, Manuela Sáenz o el derrocamiento de Tomás Cipriano de Mosquera; por el otro, los cuadros de costumbres y los asuntos trágicos o divertidos, los personajes más pintorescos y curiosos, como las fiestas de toros, los duelos a muerte y textos como estos que hemos querido llamar *Semblanzas poco ejemplares*. Tres historias de vida: un curandero milagroso enfrentado a los médicos, una santa que supuestamente lleva «siete años sin alimentarse y sin estar sujeta a las necesidades del cuerpo», y Antonio Roncoy, el último verdugo de Santafé.

En ellos encontramos lo que Pombo llamó «un tejido de crímenes y de pequeñeces y ridiculeces nuestras», que bordea la literatura picaresca tanto

por su estilo y humor como por sus personajes. Más que los asuntos graves, fueron éstos los que le granjearon la simpatía de los lectores, los que hicieron que fuera leído hasta por las monjas en los conventos, si le creemos a Rafael Pombo. Elisa Mújica, en su prólogo de 1957 para la edición de Aguilar, describe muy bien el tono y los temas de estas *Semblanzas*: «Los bogotanos nunca pierden la capacidad de aplicar a las acciones ajenas su juicio irónico de cristal frío. Por eso no resultan raras las figuras que, después de despertar un entusiasmo frenético en las calles de Bogotá, conocen de la noche a la mañana la mayor indiferencia. Para desquitarse de su desengaño, los bogotanos apelan entonces a la burla, acaso dirigida más contra ellos mismos que contra quien la ha merecido. Es su castigo por haber creído en alucinadores como Miguel Perdomo Neira o Nieves Ramos, durante el siglo pasado. Porque la sed de fantasía constituye otra característica bogotana».

En efecto, la historia de Miguel Perdomo Neira, el curandero milagroso que desafiaba a los médicos, hace parte de esa galería de personajes novelescos que atraviesan su obra. El propio Cordovez se lo cruza en Serrezuela —ahora Madrid, Cundinamarca— y ve los estragos que sus brebajes le ocasionan a dos personas de la vereda. También se encuentra con Nieves Ramos, a quien visita en su casa de Pacho, Cundinamarca, y desenmascara en secreto. En cambio la semblanza de Roncoy, el último verdugo de Santafé, es una reconstrucción histórica: se narran cosas oídas a otros y quizá investigadas en algún archivo que Cordovez Moure no se molesta en mencionar. Quedaría la sensación de que los dos primeros textos son más exactos y veraces que el último, pues el cronista fue contemporáneo a ellos y vio de cerca a los protagonistas y los hechos, mientras que las fuentes acerca de Roncoy son más difusas, menos confiables. Sin embargo, no es así: quizá las dos primeras apenas sean *más detalladas* pero no por ello más verídicas, pues en la obra de Cordovez Moure es difícil desentrañar la realidad de la ficción.

«¿Quién podrá creer que lo que dice el señor Cordovez, es positivamente verdadero, tan sólo porque él lo afirma, sin presentar pruebas convincentes de sus aserciones? ¿Y quién podrá confiar únicamente en su palabra, repetimos, aún cuando él, hablándonos ex cátedra, se haya declarado en autoridad suprema e infalible de los escritores contemporáneos?», cuestionaba Gonzalo Rebolledo en el año 1900 la veracidad de las crónicas

de Cordovez Moure. «Cuando al cargo de ligereza en algunos datos, de que se tachó a Cordovez, no es injusto del todo», afirma de forma más indulgente Samper Ortega. Por su parte, el historiador Luis Augusto Cuervo, en tonos más elogiosos, afirma que el autor «Todo lo averiguaba, a todo le buscaba causa y efecto y luego su imaginación se soltaba en corrillos y visitas, exageraba lo sabido, inventaba lo poco que ignoraba y nadie se quedaba sin gozar de su admirable dicción, del comentario irónico y de la sugestión casi siempre acertada». Con diversos niveles de aprecio por la obra, todos coinciden en afirmar que Cordovez echaba mano de la imaginación. Su crónica inicial, la de Russi, abunda en hechos y detalles que, en primer lugar, no queda claro de qué manera logró Cordovez recabar, pues a la sazón el autor tenía 16 años y ninguna potestad para estar presente: «¿cómo, por qué medio, obtendría el futuro cronista el permiso indispensable para entrar a la cárcel y saciar su curiosidad, permaneciendo junto a los condenados en la capilla durante treinta y seis mortales horas?», se pregunta Elisa Mújica. De igual forma podríamos preguntarnos por la facilidad con la que Cordovez logra llegar hasta Nieves Ramos y comprobar fácilmente la superchería, o la manera en la que, gracias a un viaje de veraneo, termina siendo testigo privilegiado de las falsas curaciones de Perdomo Neira. Podríamos, por último, sospechar de los documentos que «copia» fielmente y que quizás nunca estuvieron en sus manos.

Lo cierto es que Cordovez Moure tenía vena de novelista. Prueba de ello fue la publicación de los primeros capítulos de una novela romántica titulada *Claro de luna*, en el periódico *El Comercio*, propiedad de don José Manuel Pérez Sarmiento. La novela quedó inconclusa porque don Pepe se equivocó al situarla en Venecia. Esa ciudad lejana y acuática no era un territorio fértil para que echara raíces su talento fabulador; es en Bogotá donde Cordovez se encuentra en su elemento. En sus crónicas existe un gusto novelesco por la coincidencia y por el detalle que no es ajeno a estas *Semblanzas poco ejemplares*. Estamos seguros de que sin ese ingrediente no serían tan divertidas, tan sugerentes, tan deliciosas de leer.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA PEÑALOSA, Carmen Elisa, *Invocación del lector bogotano de finales del siglo XIX: lectura de Reminiscencias de Santafé y Bogotá, de José María Cordovez Moure*. Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1993.

CAPARROSO, Carlos Arturo, «Tres clásicos colombianos», en *Boletín de la Academia Colombiana* (Bogotá), vol. 23, No. 98 (jun./jul. 1993), págs. 275-280.

CORDOVEZ MOURE, José María, *Reminiscencias de Santafé y Bogotá*. Gerardo Rivas Moreno, Editor. Bogotá, 1997.

CORDOVEZ MOURE, José María, *De la vida de antaño*, Biblioteca Aldeana de Colombia, Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, Editorial Minerva, Bogotá, 1936.

MÚJICA, Elisa, «Santafé y Bogotá y su cronista don José María Cordovez Moure», en *Boletín de la Academia Colombiana*, vol. 41, No. 173 (jul./sep. 1991), págs. 100-106.

PARDO TOVAR, Andrés, «Semblanza cordial de José María Cordovez Moure», en *Boletín de historia y antigüedades* (Bogotá), vol. 52, No. 604-605 (feb./mar. 1965), págs. 205-212.

PERICO RAMÍREZ, Mario H., *Diálogos irreverentes*, Imprenta Departamental de Boyacá, Edición de Vicente Landínez Castro. Tunja, 1968.

RESTREPO DE VILLA, Consuelo, «Costumbrismo y mentalidades colectivas», en *Estudios Sociales* (Medellín), vol. 1, No. 5 (sep. 1989), págs. 95-113.

Semblanzas poco ejemplares

José María
Cordovez Moure



MIGUEL PERDOMO NEIRA

VAMOS A RELATAR, a los que hace cinco lustros vinieron al mundo, las aventuras y episodios de la vida y *milagros* del audaz MIGUEL PERDOMO NEIRA.

Diversas versiones a cuál más absurdas e inverosímiles circulaban como moneda corriente respecto del origen y condiciones del personaje que nos ocupa. No eran pocas las poblaciones que se disputaban el honor de haberlo visto nacer; pero, según informes dignos de crédito parece que fue en el pueblo de Totoró, en el departamento del Cauca, donde Perdomo vio la luz. Se decía que había militado a las órdenes del general Canal durante las campañas de 1859 a 1862, y que después de la disolución de los restos de las fuerzas de la legitimidad, en Pasto, se habían internado en el territorio de Caquetá, para no sufrir el yugo de los vencedores, y al mismo tiempo para estudiar y conocer las propiedades medicinales de las plantas de aquellas inmensas selvas habitadas por tribus salvajes; que había aprendido de los indígenas las aplicaciones y usos de la flora, y lo que era más, que había sorprendido los maravillosos secretos de algunas plantas cuyos alcaloides poseen poderosas e infalibles condiciones anestésicas y hemostáticas, de manera que hacía operaciones quirúrgicas sin que los pacientes experimentaran dolor y sin que de las venas y arterias cortadas saliera sangre. En una palabra: que ya había terminado para la pobre Humanidad la inexorable ley del dolor, que precede al hombre al nacer y lo acompaña hasta que lo lleva al seno de la madre tierra.

Y aquellos descubrimientos se debían a un *modesto* y *humilde* colombiano, quien solo, sin otros maestros que la pródiga Naturaleza y el arrobamiento en su Divino Hacedor, había alcanzado la ciencia infusa, que tenía por objeto aliviar las dolencias de sus semejantes y extirpar el inmoderado deseo de lucro en los que vivían del ejercicio de la profesión médica, quienes le hacían cruda guerra por envidia de su virtud, como sucedió a Abel con Caín.

Sea de ello lo que fuera, parece que el Ecuador fue el primer teatro que escogió Perdomo para dar principio al ejercicio del ministerio médico-religioso, del cual se invistió por su propia virtud, y aprovechando la muy tenaz propensión del hombre hacia lo que estima como maravilloso, sin cuidarse de estudiar con algún detenimiento el origen o causas que lo fascinan.

Perdomo no gustaba de las poblaciones para vivir en ellas, sino que prefería los campamentos al aire libre, sin duda para que las multitudes que lo seguían pudieran establecerse con holgura, y además, porque no era fácil que los enfermos de todas clases y condiciones que lo asediaban, muchos de estos venidos de tierras lejanas, encontraran hospederías suficientes para albergarse en nuestros pueblos, escasos de todo. A este respecto tenía el hombre mucha semejanza con Mahoma: como este impostor, se creía inspirado del cielo y hacía ostentación de sentimientos piadosos en todos sus actos, pero al tratarse de los médicos se expresaba con tal ira y vehemencia, que parecía un energúmeno. Según él, todos eran una pandilla de escamoteadores ignorantes que vivían extorsionando al pueblo pobre, y le hacían la guerra más infame a fin de alejarlo de los centros importantes de población para lo cual se habían aliado con los boticarios y salvarse de la inevitable ruina que los amenazaba con los secretos que poseía y ponía al servicio de los menesterosos. Aseguraba con la mayor imprudencia que en varias ocasiones lo habían envenenado; pero que él con sus hierbas misteriosas tomadas oportunamente había burlado la perversidad de sus enemigos los médicos; recomendaba a los enfermos que huyeran de los doctores como de la peste, y que no les dijeran que él los curaba, porque lo matarían cuando y como pudieran.

La vara milagrosa de Moisés, los magos de Faraón, Cagliostro y los mayores taumaturgos, apenas alcanzaron a igualar los portentos que, según el decir de las gentes, obraba el inspirado Perdomo. No tenía necesidad de que los enfermos le dieran cuenta de las dolencias, porque bastaba que los viera para que les hiciera el diagnóstico de la enfermedad que los aquejaba, y les vaticinara el final de ella, próspero o adverso, porque también poseía el don de la profecía. Los más entusiastas aseguraban que le habían visto *desencuardernar* a varias personas de ambos sexos, con el objeto de limpiarles las asaduras, o acomodarles las tripas mejor de lo que las tenían,

y todo esto sin que los pacientes sintieran la más ligera incomodidad ni vertieran gota de sangre.

La caridad del *profeta* no tenía límites: sanaba a los enfermos y auxiliaba con dinero a los menesterosos para que volvieran a sus casas; pero lo que más preocupaba a ese hombre maravilloso era la salud de las almas, por lo que la primera diligencia que hacía al acampar en las inmediaciones de alguna población era promover la fiesta del Triduo de cuarenta horas, o retiros espirituales, para dar principio a su *misión* por atender a la parte más noble del hombre, que la curación material vendría por añadidura.

La prensa del país publicaba de preferencia los hechos extraordinarios que se atribuían a Perdomo, y excitaba a los profesores médicos y naturalistas para que fueran a donde se hallaba dicho sabio y aprendieran los secretos que poseía, antes que los europeos se aprovecharan de ellos; porque aseguraba que las facultades médicas de París y Londres lo llamaban con empeño. Se anunciaba el itinerario desde el lugar en donde el hombre se hallaba y se deseaba generalmente que llegara a Bogotá: los amigos, para gozarse en su seguro triunfo; los incrédulos, para *ver* y *creer* y los escépticos, para gritar ¡viva quien vence!

Tal era el estado de los ánimos en Bogotá, cuando se supo que Perdomo se aproximaba a la Sabana, después de levantar sus *tiendas* en el valle de Paicol, donde permanecía desde hacía algún tiempo entregado en cuerpo y alma al ejercicio de su profesión; pero ¡ninguno se tomaba el trabajo de averiguar cuántos de los enfermos que en incesante romería iban o se hacían llevar en busca de salud, estaban a esas horas *mordiendo tierra*! No faltaban personas sensatas, entre estas los médicos de reconocida reputación científica, que daban la voz de alarma hacia la verdad de lo que pasaba con los pretendidos secretos y curaciones de aquel charlatán: ¡tiempo perdido! Los médicos eran *parciales* y *enemigos* de Perdomo, y los otros procedían *inspirados por aquellos*; con esta manera de raciocinar, no quedó más recurso a los primeros que inclinar la cabeza, mientras pasaba la tormenta de que eran víctimas, y esperar el desenlace de la comedia que debía terminar en drama de sangre e ignominia para muchos.

En el momento menos pensado se divulgó la noticia de que Perdomo llegaba a Bogotá. Era el 29 de abril de 1872. A mediodía llegó una gran cabalgata de *orejones* y algunas personas cultas, seguidos y rodeados por un

populacho sucio, entre el cual se contaban los leprosos, *llaguientos* y baldados que existían en diez leguas a la redonda. Todos gritaban: «¡Viva el doctor Perdomo Neira!», y no pocos lanzaban expresiones ofensivas a los médicos de la ciudad. En el centro de aquella heterogénea montonera venía un hombre de regular estatura, de color trigueño, ojos negros, bigote y chivera lisos, cubierto con sombrero pequeño de paja de Montecristi, vestido de paño gris, botas altas, pañuelo de seda azul atado alrededor del cuello, gruesa cadena de oro para llevar el reloj, varios anillos con esmeraldas y diamantes, revólver en la cintura, y montado en un magnífico caballo tordo. Se apeó en la casa que hoy pertenece a la familia del finado señor Hermógenes Durán, a pocos pasos de la Plaza de Bolívar, y se asomó a uno de los balcones para satisfacer los deseos *del público* que lo llamaba con insistencia. Paseó sobre los espectadores una mirada que interpretamos como señal inequívoca de estupidez o desprecio —ya veremos si nuestro juicio fue acertado—, en seguida se retiró del balcón, y poco tiempo después pasó a vivir a la casa que forma el ángulo noroeste entre la carrera 11 y la calle 9ª. Allí tuvo principio y fin en esta ciudad la misión del héroe de Totoró.

Empezó la campaña por dejar tuerto para toda la vida al canónigo doctor Antonio María Amézquita, por la incisión que le hizo en un párpado; a una señora le introdujo un grueso cordón en los lagrimales, sacándolo por las fosas nasales, lo que le causó inflamación crónica que no disminuye después de veintidós años de practicada la *cura*. Al bueno de don León Ortiz, que llevaba al cuello un ligero apéndice, vulgo *coto*, que no le molestaba ni *perjudicaba*, porque tenía más de setenta años, lo echó al otro mundo con la operación que le hizo al *extraerle el coto*.

Al día siguiente de la llegada de Perdomo a esta ciudad, consiguió en el Banco de Bogotá *dos mil pesos* en monedas de oro y plata. En el acto circuló la noticia de que había depositado *doscientos mil*, según otros, para dedicarlos a obras de beneficencia y ejercicios piadosos; y como el doctor no solo había sorprendido los secretos botánicos de los indígenas, sino también el famoso *Dorado* que en vano buscaron los conquistadores de América, se aseguraba que tenía resuelto pagar las deudas exterior e interior, si los liberales consentían en devolver los conventos a las órdenes monásticas, extinguidas por el general Mosquera después del 18 de julio de 1861.

Deseábamos, como los judíos incrédulos, presenciar algunos de los prodigios que se decía obraba nuestro protagonista, y al efecto fuimos a la casa antes indicada. La calle estaba colmada de la gente más sucia y hedionda del mundo, todos enfermos y reputados como tales. Después de sufrir apretones en todo sentido, y casi trastornados por la pestilencia de la *clientela*, logramos llegar a la sala, en un ángulo de la cual, y con las puertas y ventanas abiertas para no asfixiarse con el *tufo* que exhalaba el concurso, se hallaba Perdomo con una mesa al frente, y sobre esta varios frascos con drogas, algunos instrumentos de cirugía oxidados, y en la pared inmediata, un cuadro, al óleo, que representaba la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, hecho en Quito. Repartía medicinas a los que se le acercaban y pedían; no recibía remuneración a los que le preguntaban el valor de la receta y de los remedios, y los despedía con expresiones de ternura. Como en aquellos momentos no se presentó ningún enfermo en solicitud de operación quirúrgica, y la fetidez del concurso podía proporcionarnos alguna fiebre tifoidea, de la que seguro no nos libraría el *taumaturgo*, resolvimos emprender la retirada; pero antes tuvimos la oportunidad de ver a Perdomo que se volvió hacia la imagen que tenía al lado y permaneció como arrobado, con las manos en actitud deprecatoria, la sonrisa candorosa en los labios, la mirada lánguida y amorosa y el todo como nos pintan a los santos en sus éxtasis misteriosos. En el acto cesó como por encanto el murmullo que se oye donde hay muchas personas reunidas de distinta condición y procedencia, y los íntimos del *profeta* recomendaban el mayor silencio mientras pasaba el *deliquio* que ya tenía al santo a punto de levantarse media vara del suelo. No necesitamos más para formar nuestro juicio acerca de aquel hipócrita.

Naturalmente, la novedad del día era Perdomo y sus curaciones maravillosas; si salía a la calle era seguido de numerosa cohorte del pueblo, ávido de contemplar al mortal que triunfaba de la muerte. Los más entusiastas admiradores suyos se dedicaron a llenar la santa misión de catequizar cotudos y buscar a los que tuvieran alguna protuberancia o desperfecto corporal, a fin de allegarlos al médico prodigioso para que los sanara; y en el furor por ejercer la *caridad* en la cual los había inflamado aquel hombre, llegaban hasta la indigna blasfemia de compararlo al divino Jesús, cuando recorría la Palestina derramando a manos llenas los beneficios sobre justos y pecadores.

La presión que ejercieron en aquella época las turbas, extraviadas por el engaño en que estaban, se hizo sentir de preferencia sobre el cuerpo de profesores médicos, a los cuales señalaba Perdomo como merecedores de exterminio; y como se atravesaba la hora de las tinieblas para el buen sentido, esos fueron los tiempos escogidos por los ingratos para exhibirse en toda su vileza, insultando y befando a los notables y abnegados médicos, que entre nosotros siempre se han distinguido por la buena voluntad y desinterés con que atienden a los enfermos pobres; llegó a tal extremo la mala situación de aquellos, que no se atrevían a salir a la calle por temor a los ultrajes de que eran víctimas.

Parece increíble, pero es lo cierto que en aquel naufragio del juicio de muchos, los únicos que se salvaron fueron los cretinos o cotudos, quienes emigraron o se escondieron debajo de la tierra, a fin de escapar a la violencia que se hacía sobre ellos para que se dejasen degollar en beneficio de la gloria quirúrgica de Perdomo. Recordamos de un socorrano del cual se podía decir lo que Quevedo respecto a cierta nariz: *Érase un hombre pegado a un coto*, quien cargaba monumental apéndice dentro del gran pañuelo blanco, que se ataba a la nuca con el objeto de que lo aliviara del enorme peso que lo hacía inclinar hacia adelante; este hombre se fue a Villavicencio, de donde no volvió sino después de la catástrofe de Sabogal.

De hecho, quedó Perdomo dueño de la situación en la capital. El inteligente y probo Pedro Navas Azuero, que a la sazón era el síndico del Hospital de San Juan de Dios, sirvió de intermediario al rector de la Escuela de Medicina para que le brindara las enfermerías de dicho establecimiento, a fin de que exhibiera a la vista de profesores competentes los procedimientos maravillosos que habían llamado tanto la atención, sin que esto implicara la exigencia de que revelara los secretos terapéuticos que poseyera. El farsante halló medio expedito para evadir el compromiso, mediante el cual debía salir airosa la verdad, negando el hecho por la Prensa y añadiendo que, ni aun en el caso de que se le hubiera invitado para que se hiciera cargo de aquel hospital, habría podido aceptar la oferta, y *mucho menos bajo la vigilancia de los médicos afamados en la capital*, porque tenía a su cargo 2.318 enfermos, algunos de gravedad, a todos los cuales recetaba y medicinaba gratis, sin llamamiento de su parte, y, finalmente, que en su casa habitación se le encontraría todos días, desde las cinco de la

mañana hasta las nueve de la noche, y allí podrían concurrir los que desearan presencia las operaciones que ejecutara.

Tenemos, pues, que Perdomo empezó a recetar en Bogotá el 30 de abril, y que el 8 de mayo siguiente, fecha en la cual hizo la citada publicación; que en *nueve días* recetaba ya a la no despreciable cifra de 2.318 enfermos, de manera que a cada cliente correspondían *tres minutos y seis segundos* de las catorce horas diarias que dedicaba al ejercicio de la medicina y cirugía, y esto sin tomar en cuenta el tiempo que le embargaban los continuos *éxtasis* y la inspiración divina que le comunicaba invisible paloma como al profeta del desierto. Y para que nada faltara en aquel tiempo de humillación y vergüenza, hubo profesores de reconocida ciencia y probidad que hicieron fijar carteles en los que, entre otras cosas, decían que *estaban prontos con el escalpelo en la mano, a la cabecera del enfermo o en el salón de la Universidad, a dar las pruebas que se les exigieran, de sus conocimientos*. El jovial y compasivo doctor Andrés María Pardo, a quien pidieron la firma para ponerla al pie de aquella comunicación, importuna cuando menos, dio la siguiente nobilísima respuesta:

«Yo me reservo para los postres de este carnaval, y entonces me vengaré de las víctimas que nos queden de las curaciones de Perdomo, prestándoles gratis mis servicios como médico, y repitiéndoles, como el Salvador en la Cruz: «Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen.»

La creciente prosperidad del *profeta* durante los pocos días que llevaba de permanencia en esta ciudad, el deseo de dar la última mano a su obra y, probablemente, las exigencias de sus admiradores, que deseaban verle practicar una operación de alta cirugía, puesto que hasta entonces no le habían visto hacer otras cosas que las de extraer muelas, poner sedales y sacar tumores subcutáneos de ninguna importancia, influyó para que los más adictos a Perdomo lograran encontrar la víctima inocente que debía pagar por todos y poner término en Bogotá a las supercherías de aquel hombre.

Vivía en las inmediaciones del pueblo de Chipaque un mozo, robusto y campesino, llamado Tomás Sabogal, quien venía casi todas las semanas a la plaza de mercado de Bogotá a vender los productos de su labranza. Este desdichado tenía un apéndice o tumor que le colgaba del hombro derecho y le llegaba a la cintura, de la misma apariencia, en la forma, al nido colgante

que construyen los pájaros que llaman *mochileros* en los altos árboles, pero como el cuerpo sobrante no le era extraño, porque le acompañaba desde que vino al mundo, y además no le causaba la más ligera molestia, el campesino vivía contento con él, y, para que no le estorbara en sus movimientos, lo cargaba dentro de una mochila, junto con sus cigarros, el fiambre, el dinero y los demás efectos que llevaba consigo.

Sabogal fue, naturalmente, el primero a quien echaron el ojo para que Perdomo se luciera con la operación, en apariencia insignificante, de cortarle el tumor; pero como no lo hallaron en el mercado, los secuaces del médico prodigioso hicieron viaje a la estancia del campesino y lo persuadieron a que viniera y permitiera hacerle la operación, en beneficio propio y para confusión de los médicos enemigos del *doctor*.

En un periódico decididamente partidario de Perdomo se leían las siguientes significativas líneas, el sábado 11 de mayo:

«Aquí está ya el hombre respecto al cual aseguran los médicos que morirá si le cortan el gran tumor que tiene desde la niñez; pronto se le hará la tan temida operación, y ya veremos qué dirán entonces los incrédulos.»

La entrada de Sabogal a la casa de la cual no había de salir vivo, produjo gran entusiasmo entre la multitud, que lo asediaba a todas horas. «¡Viva Perdomo!» «¡Viva Sabogal!» «¡Abajo los médicos!» «¡Abajo el hospital!», eran las frases que atronaban la calle.

El compromiso de Perdomo era ineludible. Un médico medianamente honrado habría declarado con franqueza que no había motivo suficiente para comprometer la vida de Sabogal al hacerle la operación, que, cuando menos, carecía de objeto; pero aquel desalmado no creyó que debía trepidar ante la enormidad que le exigían, o era tan ignorante que no sabía que iba a cometer un homicidio, y ya que podía más en él la estúpida vanidad que el talante confiado y risueño de la víctima, debió, al menos por acatar los sentimientos de caridad de que tanto alardeaba, aplazar la operación para mejor oportunidad.

Un hombre vestido de levita se asomó a uno de los balcones de la casa y anunció que «ya iba a cortar el doctor». Instantáneo silencio guardó la apiñada multitud, y pocos segundos después apareció Perdomo en otro balcón, conduciendo abrazado a Sabogal, pálido como un cadáver.

—¡Véanlo!— gritó Perdomo con inaudito cinismo, y se volvió a entrar con el desgraciado rústico.

En la calle llegó el entusiasmo hasta el frenesí; arrojaban al aire los sombreros, palmoteaban y se abrazaban de júbilo, y esa zambra creció de punto al asomar en la puerta de la casa un hombre del pueblo que conducía, pendiente de un asta, el tumor cortado a Sabogal.

—¡Vamos a mostrarlo a los médicos! —exclamó el que conducía aquella deformidad.

Y sin más razones emprendieron marcha triunfal en dirección a la plaza de Bolívar, gritando: «¡Viva Perdomo!» «¡Mueran los médicos!» Nos parecía presenciar algo como la infame acción del populacho de París cuando paseó por las calles la cabeza de la infortunada princesa de Lamballe.

La asquerosa comitiva continuó su extravagante peregrinación por la calle Real, y, al pasar por el atrio de Santo Domingo, se detuvo frente a la botica del doctor Antonio Vargas Reyes, quien se hallaba en esos momentos en la puerta. El que llevaba la repugnante prenda la aproximó con insolencia a la cara del doctor Vargas, diciéndole con aire de triunfó:

—¿Qué le parece?

—Buena operación, si vive el paciente —contestó el digno profesor.

La turba continuó su marcha victoriosa. Entró al despacho de la Gobernación de Cundinamarca, donde se hallaba solo don Roque Morales, oficial mayor; materialmente debajo de la nariz, y sobre los papeles que tenía en su escritorio, le pusieron de presente la lonja de carne y grasa humana, que no destilaba ámbar… Continuó el paseo por los diferentes barrios de la ciudad, divulgando el nuevo prodigio llevado a término por el *gran Perdomo*, y apostrofando a los *¡ladrones médicos y a los bestias que creían en ellos!* Devolvieron el tumor al que lo había cortado y se retiraron dándose cita para el día siguiente, a fin de hacer ruidosa manifestación en favor de su ídolo.

Lluviosa se presentó la mañana del domingo 13 de mayo, lo que no fue inconveniente para que ricos y pobres, nobles y plebeyos concurrieran a las iglesias con el objeto de presenciar los oficios religiosos. En las puertas de los templos se veían grupos de personas en cuyos semblantes se notaban las

expresiones de sorpresa, estupor, duda e indignación. No era para menos la noticia que circulaba.

Se decía que a Sabogal lo había apuñalado el sirviente del doctor Antonio Vargas Reyes, quien, a su turno, había envenenado al sirviente con una copa de *vino de Jerez* y lo había enviado a morir al hospital de San Juan de Dios, en donde tenían oculto al difunto; que el móvil de este doble crimen era el despecho causado en los médicos por la curación asombrosa de Sabogal, y que, en prueba de ello, el doctor Vargas Reyes había asegurado en la tarde anterior que aquel *¡moriría!...*

No se necesitó de más para que en breves instantes se formara un grupo de gente atrevida e inconsciente, resuelta a emprenderlo todo, fundada en que nada tenía que perder, amparada por el anónimo y alentada por las expresiones de hipócrita condolencia de Perdomo respecto de Sabogal, y de venganza con relación a los asesinos feroces de aquel infeliz, esto es, los médicos, a quienes con inaudito descaro y malicia achacaba la muerte de la cual él era el único responsable ante Dios y los hombres.

El populacho, azuzado por agentes inmediatos de Perdomo, se lanzó a las casas de habitación de los médicos, escogiendo en su frenesí al eminente Vargas Reyes, a quien habrían sacrificado sin el auxilio que oportunamente llevaron el general Julio Barriga, gobernador de Cundinamarca, y su secretario general, señor Lorenzo Lleras Triana; luego se encaminaron los alborotadores al Hospital San Juan de Dios, en donde los estudiantes de la Escuela de Medicina se defendieron con revólver en mano; el resto del día 12 estuvo la ciudad a merced de aquellas turbas desenfrenadas y amenazantes, y la Guardia Colombiana, acuartelada en previsión de que surgiera algún conflicto que hiciera necesario el empleo de la fuerza.

El cadáver de Sabogal lo llevó la Policía al hospital, con el objeto de hacerle la autopsia y esclarecer los hechos relativos a su muerte; pero como de esta operación debía resultar la verdad de lo ocurrido, Perdomo se negó obstinadamente a ir a dicho edificio, pretextando que lo asesinarían los estudiantes de medicina, instigados por el doctor Vargas Reyes. Fue en vano que el doctor Joaquín Martínez Escobar, alcalde de Bogotá, ofreciera al charlatán cuantas garantías deseara a fin de que fuera a hacer el reconocimiento del muerto; y como Perdomo viera que el alcalde no disponía en esos momentos de fuerza material para hacerse obedecer, se

asomó a una de las ventanas del despacho de la Alcaldía, y dirigiéndose al populacho que rodeaba el edificio, dijo unas cuantas sandeces en defensa de su proceder y terminó declarándose *¡enviado de Jesucristo para hacer el bien de la Humanidad!...* En esos momentos pasaba por la acera norte de la plaza el joven Antonio Vargas Villegas, hijo del doctor Vargas Reyes, y al verlo lo atacaron a pedradas los secuaces de Perdomo, sin duda para demostrar el modo como este les había enseñado a practicar el *bien de la Humanidad*.

Como era urgente hacer algo con el cuerpo del desgraciado Sabogal, el alcalde, Martínez Escobar, nombró a los respetables médicos doctores Lucio Dávoren y Joaquín Sarmiento para que hicieran la autopsia; pero como estos se excusaran de prestar el servicio que se les exigía, fueron reemplazados con los jóvenes profesores caucanos Abraham Aparicio y Policarpo Pizarro, quienes, por sus conocimientos y reconocida probidad, daban garantías, aun a los más apasionados, de que expondrían la verdad sin rodeos respecto a la causa eficiente de la muerte del labriego, y lo que hubiera de cierto en la aseveración de Perdomo acerca del asesinato de su cliente.

Aceptado el cargo por aquellos caballeros, lograron convencer al doctor Rafael Rocha Castilla a fin de que los acompañara a ejecutar la autopsia, de la cual debía resultar la prueba irrecusable de la bellaquería o de la inocencia de Perdomo. Convinieron en que el doctor Rocha Castilla practicaría la disección en el anfiteatro anatómico del Hospital de San Juan de Dios, a la vista de todos los circunstantes, entre los cuales recordamos a los doctores Manuel María Madiedo y Ricardo de la Parra, amigos de Perdomo.

En presencia del cadáver desnudo de Sabogal, colocado sobre la mesa de disección, el distinguido profesor Rocha Castilla hizo la siguiente exposición, con voz y acento de serena verdad, que no fue contradicha:

«Es tal la situación de la herida, que si Sabogal la recibió cuando vivía, el cuchillo ha tenido que introducirse en el pulmón derecho después de atravesar la pared torácica.

»Si, por el contrario, Sabogal estaba muerto cuando le introdujeron el cuchillo, debemos encontrar ileso el pulmón derecho, porque este órgano se contrae en el último movimiento de expiración, que es el postrero de la

vida, y deja libre una extensión más o menos considerable de la parte inferior de la cavidad de la pleura; precisamente toda esta parte que el arma ha debido recorrer después de haber atravesado la pared costal y las inserciones del diafragma.»

Hecha la autopsia de Sabogal se obtuvo la demostración científica y evidente de que la muerte de este hombre tuvo por única causa la hemorragia producida al operarle, sin ninguna precaución ni previo ligamento, la arteria humeral y varias venas que alimentaban el tumor o apéndice que en vida tenía el difunto suspendido debajo del hombro derecho, y en cuya herida o lugar por donde se hizo el corte se notaban rastros de solución de ácido sulfúrico, aplicado probablemente con el objeto de contener la hemorragia. El cuerpo estaba completamente exangüe; los labios de la herida que tenía al lado del pecho, por donde le introdujeron el puñal, no tenían el color violado que se nota en los que mueren por consecuencia de una herida; no había derrame sanguíneo en la pleura; el corazón y los pulmones no presentaban la más ligera lesión y, antes bien, daban señales de que funcionaron con regularidad hasta el último instante de la vida de su dueño.

Quedó, pues, perfectamente establecido que Perdomo ignoraba que no se deben cortar arterias ni venas a un vivo, sin previo ligamento; que no sabía que, al morir un animal, se recoge el pulmón sobre sí mismo, como sucede a un fuelle cuando le falta el aire que contiene; que el secreto del poderoso *hemostático* era una farsa, puesto que Perdomo hizo uso de uno de los más eficaces remedios que se conocen en la medicina para contener la hemorragia, pero nunca suficiente para dominar la sangre que se escapa por las arterias y venas mayores; que si en esa vez, en la que estaban comprometidas su reputación y la vida de un hombre, no aplicó su *heroico y prodigioso* remedio fue porque, o no lo poseía, o era un embuste el poder que le atribuía; que no tenía ni los más ligeros y comunes rudimentos anatómicos, y, finalmente, que no supo *¡matar a un muerto!*

Vencido el doctor De la Parra por el cumplimiento del diagnóstico del doctor Rocha Castilla, confirmado por el resultado de la autopsia, no pudo menos de exclamar, con candoroso acento: «En esta vez falló el hemostático de Perdomo…»

Pero a los fanáticos y parciales del *profeta* no les entraron razones, y hasta hoy día hay algunos que sostienen que su héroe era un portento extraordinario, y que la envidia y mala voluntad de los médicos fueron el escollo invencible para que difundiera y pusiera en práctica los maravillosos secretos que arrancó a la Naturaleza.

De algunas frases que se escaparon al sirviente de Perdomo, y de los hechos que tuvieron lugar en la casa de este ante varios testigos, se dedujo, con bastante probabilidad de acierto, que, después que cortó de *un tajo* el cordón formado de la piel, las venas y las arterias del cual pendía el tumor de Sabogal, aplicó en la herida una esponja empapada en solución de ácido sulfúrico, a fin de contener la abundante hemorragia que se siguió a la operación; luego que asomó a la víctima a uno de los balcones, para saciar la curiosidad del público, la condujo al lecho que tenía de antemano preparado en una de las piezas de la casa. Parece que le hizo algunas aplicaciones con el objeto de contener la sangre de la herida, que brotaba a torrentes, aunque sin éxito, y que, al fin, expiró aquel infeliz poco tiempo después de la operación. En presencia de la aterradora realidad concibió el torpe plan de suponer el asesinato de su víctima por el sirviente del doctor Vargas Reyes, en vez de confesar con franqueza que había hecho una barbaridad. De manera que, después de cometer un verdadero homicidio, tenía ese hombre la avilantez de imputárselo a un inocente, a quien ni aun conocía de vista; y lo que era más monstruoso, si cabe: inventaba otro crimen para achacarlo al mismo, con el objeto de aparecer como víctima del odio e insidia de los médicos, quienes, en concepto de aquel, ¡no retrocederían ante ninguna acción que contribuyera a desprestigiarlo a él, tan caritativo y buen cristiano!

El Poder Judicial tomó cartas en el asunto; pero todo se redujo a recibir declaraciones e informes de unos y otros, sin que de tales diligencias se llegara a ningún resultado práctico, porque no empezaron por el principio, es decir, poniendo la mano al embaucador, a fin de seguirle el correspondiente sumario, pues para ello había dado motivos más que suficientes; todo se volvió enredo y declamaciones. Aún recordamos al ilustrado cuanto visionario doctor Ricardo de la Parra, quien fue uno de los informantes partidarios de Perdomo: «Dos hechos culminantes —dijo— dominan la época que alcanzamos: el anonadamiento de Francia, llevado a término por el ejército alemán compuesto de sabios, y la trascendental

revolución que causarán en la Medicina los portentosos descubrimientos del sabio Perdomo...»

Gran expectativa hubo al día siguiente en la ciudad, porque se creía con fundamento, que era llegado el tiempo del desenlace de aquel melodrama, y era de esperarse que Perdomo haría algo para salir del mal paso en que se había atollado; pero, con gran sorpresa de todos, se abstuvo de hacer otra manifestación que mandar fijar, en los sitios más concurridos de Bogotá, el siguiente impreso:

«Al pueblo y a las autoridades civiles:

»Personas respetables y caracterizadas se me han acercado a avisarme que el señor doctor Antonio Vargas Reyes ha hecho armar a todos los estudiantes medicina con el objeto de *asesinarme* cuando yo entre en el hospital. Como este hecho, caso de ser cierto, podrá ocasionar un conflicto grave, he resuelto abstenerme de concurrir al hospital.

»El reconocimiento del cadáver lo puedo hacer en la plaza de Bolívar, o en un local en que mis enemigos no puedan obrar impunemente.

»Nada temo, pero quiero evitar una conmoción popular.

»Bogotá, 13 de mayo de 1872.

»*Miguel Perdomo Neira*.»

Ofenderíamos al sentido común de nuestros lectores si hiciéramos el más ligero comentario sobre la pieza que dejamos reproducida.

Perdomo permaneció en su casa, aparentemente tranquilo; pero, en realidad temeroso de que lo aprehendiera la justicia, en previsión de lo cual destacó espías para llevar a buen término el golpe teatral con que debía despedirse de los bogotanos.

Después de mediodía se presentó a caballo nuestro hombre en la plaza de Bolívar, en medio de unos cuarenta jinetes campesinos, armados hasta los dientes y en actitud de provocación; como nadie se metiera con ellos, continuaron su camino hasta la esquina del palacio de San Carlos, donde se detuvieron breves instantes. Alguien dijo que iba Perdomo a ver al presidente de la República con el objeto de arreglar las cosas de *¡potencia a potencia!* De allí siguieron hasta la esquina de la casa del Noviciado de las Hermanas de la Caridad, para continuar en confuso tropel calle abajo, hasta

el hoy puente de Núñez[1], de donde emprendieron marcha en fuga precipitada, pasando por la plazuela de San Victorino y tomando por el camellón de Occidente hasta llegar a la hacienda del Riachuelo, donde plantó sus reales el charlatán, a inmediaciones del Serrezuela.

A los que lean las líneas que preceden les parecerá increíble que la capital de Colombia, asiento de los Poderes federales, del Gobierno del estado soberano de Cundinamarca, de las autoridades del Municipio y del Congreso de la nación, que se hallaba reunido, tuvieran lugar los escándalos y atrocidades que dejamos referidos. La ciudad se sintió humillada y vilipendiada por las turbas desenfrenadas, puestas al servicio de un aventurero vulgar, y los buenos ciudadanos se vieron expuestos a todo género de atropellos, sin que los encargados de velar por el orden se dieran cuenta exacta de lo que ocurría. A esto y mucho más abrían campo las libérrimas instituciones que nos regían. En efecto, todos estaban en su *derecho*: Perdomo, para recetar y hacer cuartos al que lo solicitara; sus secuaces, para llevar armas consigo y amenazar e insultar a quien a bien tuvieran, y la gente pacífica e inofensiva, *¡para sufrir con paciencia las adversidades y flaquezas de los prójimos!*

El Gobierno general no intervino, porque no debía mezclarse en los asuntos interiores de los estados; el Gobierno de Cundinamarca, a pesar de los esfuerzos que hizo el gobernador, señor Julio Barriga, y el Municipio carecía de fuerza para hacerse obedecer. Mientras tanto, Bogotá sufría las consecuencias de la indolencia e incuria de todos. Y cuando ya Perdomo iba de San Victorino para abajo, se presentó un batallón en la plaza de Bolívar para impresionar al fugitivo, a quien nadie fue a inquietar en su nueva residencia.

Los inmediatamente perjudicados con aquella aventura, los que cometieron la imprudencia de confiar el precioso bien de la salud a la impericia de aquel empírico ignorante, quedaron sumidos en la mayor consternación, porque no sabían qué hacer ni a quién dirigirse después para que les remediara el mal causado con los ignorados medicamentos que tomaron con fe inquebrantable. Felizmente para aquellos incautos, los médicos cumplieron con la oferta del doctor Pardo, y tomaron *la revancha* recetando de balde a los muchos que Perdomo dejó realmente enfermos con las barbaridades a que se sometieron, sin meditar en la gravedad de las consecuencias.

*

VERANÉABAMOS EN SERREZUELA cuando llegó el médico prodigioso a la hacienda del Riachuelo. Apenas se tuvo conocimiento de este hecho, empezaron a llegar enfermos de todas partes y a instalarse en toldas, barracas, o en donde podían, en la manga situada al frente de la casa. Era este el lugar designado para el presunto hospital, que presentaba el aspecto de campamento militar, o, mejor dicho, ambulancia de Sanidad. En aquella localidad creyó Perdomo que podría arreglar sus asuntos y orientarse de los sucesos que debían ocurrir después de su fuga de la capital; pero como ese aventurero no trepidaba ante ninguna farsa, propaló la noticia de que el gobernador de Cundinamarca iba a abrir campaña contra él, para precaverse de la cual vivía con el ojo abierto y en tren de guerra. Al efecto colocó centinelas avanzados en Puente Grande, El Cerrito, Mosquera y Puerta de Zipaquirá para que lo previnieran de cualquier peligro, siendo lo mejor de este nuevo enredo que encontraba majaderos que se prestaban *gratis et amore* a servirle de espías. Con uno de estos nos encontramos en Puente Grande, quien nos interpeló y conjuró a que le dijéramos cuánta gente venía y dónde la habíamos dejado. Lo sacamos del error y del susto asegurándole que no había tal, y este incidente nos valió la ocasión de ver al gran Perdomo en medio de sus clientes, de su guardia de honor y en ejercicio de su arte de medicinar, porque el espía nos nombró ante su jefe en abono de lo que le habíamos dicho.

Ya se sabe la importancia que tiene la celebración de los oficios divinos en las poblaciones que se hacen notar por sus creencias religiosas, y Serrezuela, hoy Madrid, se ha distinguido de tiempo atrás por su adhesión al catolicismo; naturalmente, fuimos a misa allí con nuestra familia. En la puerta del templo estaba el bondadoso y sencillo párroco, revestido con capa magna y acompañado de los acólitos con la caldereta llena de agua bendita; después de algunos minutos se acercó el sacristán y dijo al cura estas dos palabras: «Ya viene.»

En efecto, se sentía tropel de jinetes y se veía la polvareda que levantaban al acercarse; llegaron a la mitad de la plaza, y uno, que venía en medio y parecía ser el jefe del pelotón, salió del centro e hizo destacar a varios hombres por distintas direcciones, con la arrogancia de un general que, al frente de poderoso y disciplinado ejército, ordena la ejecución de meditado plan de batalla. El grupo se aproximó a la casa cural, en cuyo gran

patio dejaron encerrados los caballos, y se dirigieron a la iglesia; adelante marchaba airoso, en medio de este aparato militar, nuestro antiguo conocido Perdomo, con el mismo traje que vestía cuando entró en Bogotá, pero aumentado con un gran puñal, que llevaba con ostentación. Los que le acompañaban también iban armados, y así se acercaron al templo, tocaron el agua bendita que en el hisopo les ofreció el cura, y ocuparon puesto en el recinto; pero al jefe o *gran Caimacán* lo condujeron al presbiterio, donde le tenían preparado asiento de distinción.

En aquel día tocaba hacer la renovación del Santísimo, y después de leído el evangelio de la misa, el sacerdote se volvió hacia los fieles y les dirigió la palabra, diciéndoles que «el insigne cuanto buen católico *señor doctor* don Miguel Perdomo Neira le había ofrecido costear un solemne triduo de cuarenta horas, precedido del conveniente retiro espiritual; que esperaba la concurrencia de todo el vecindario a dichas funciones, como una prueba de gratitud respecto al magnánimo huésped que tanto se interesaba por la salud de las almas, inaugurando así entre ellos el buen éxito de su misión de caridad, de la cual se hallaba investido por permisión del Altísimo, y, finalmente que no olvidaran dar fervientes gracias a la Majestad Divina por la bondad infinita con que atendía a sus criaturas, al suscitar, *de tarde en tarde*, como en la hora presente, un nuevo Mesías, que *¡atestiguaba su misión con repetidos portentos!*»

Y el *señor doctor don Miguel Perdomo Neira* soportó sin pestañear el panegírico que acababa de leerse; en seguida recorrió la procesión el templo, llevando al Santísimo debajo del palio, conducido por los secuaces del cínico charlatán, ¡a quien se le discernió el honor de entregarle el guion para que marchara a la cabeza!

Después de la función religiosa pasamos a la casa cural, en donde fuimos presentados al famoso médico. Este nos dispensó un saludo lleno de afectada gravedad y llevó la dignación hasta manifestarnos que ya había llegado a sus oídos nuestro humilde nombre, probablemente cuando el espía de Puente Grande se refirió a nosotros, al asegurarle que nada debía temer por estos lados; nos ofreció su asistencia médica y nos recomendó mucha cautela con los médicos. No había duda de que estos eran su constante pesadilla.

A la posada en que vivíamos llegaron dos antiguos conocidos con el objeto de hacerse recetar por el médico estupendo. Eran ambos dos robustos y arrogantes campesinos acomodados, que podían vender por toneladas la salud que tenían de sobra, y eran capaces de rivalizar con Milón de Crotona en aquello de matar un toro de una puñalada y comérselo asado en seguida. Pero don Toribio Mogrobejo Fetecua y nuestro compadre Cirilo Callejas, que así llamaban los dos huéspedes, habían resuelto de común acuerdo que estaban enfermos y debían consignarse a ojos cerrados en manos de Perdomo. Inútiles fueron todas las reflexiones que les hicimos para que desistieran de su intento, en vista de lo cual resolvimos acompañarlos y aprovechar la ocasión que se nos presentaba de ver maniobrar al prestidigitador.

Fuimos a la casa cural, en la que aún permanecía Perdomo, quien, impuesto de los deseos de los dos campesinos, les dijo que fueran al día siguiente al Riachuelo para examinarlos, porque él no recetaba en los *días de fiesta*. El lunes temprano nos presentamos en la residencia del médico maravilloso, a quien vimos, paseándose en los corredores de la casa en ademán de profunda meditación; nos hicieron desmontar en una de corralizas, y el atalaya que estaba allí nos permitió la entrada. Al vernos, *el doctor* se tocó el ala del sombrero; pero al reconocernos se acercó a la barandilla inmediata, donde permanecimos del lado exterior, y, sin invitarnos a seguir adelante, entabló el siguiente diálogo:

—¿Cómo se llama mi caballero?

—Pues yo, Toribio Mogrobejo Fetecua.

—¿Qué padece?

—Que, después que ceno y me acuesto, me quedo dormido y ronco hasta que me despierto.

—Usted tiene *pasmada* la *tráquea*, y debe tomar la *chispa eléctrica* —le dijo Perdomo, al mismo tiempo que le oprimía el pecho con el puño cerrado.

—¿Y usted qué tiene, señor don Cirilo? —pues me parece que ya se conocían.

—A mí me sucede con frecuencia que, después que como *harto*, me siento cansado, y si monto me da dolor de a caballo.

—Debe tomar el *toro* para que le desagüe el hígado. Vengan mañana temprano en ayunas.

Volvimos a la posada, donde habilitamos las vasijas del posadero, que tenía establecida la industria de jabonería y velas, para recoger en ellas *los detritus* del compadre Cirilo, porque habíamos oído decir que los efectos del medicamento recetado eran furiosos.

Muy de mañana llegamos a la hacienda. Al inquirir por Perdomo, nos contestó un sirviente que en esos momentos estaba el señor *doctor* en oración mental; pero que esperáramos al lado de afuera de los corredores. Algún tiempo después apareció la esposa del que íbamos a buscar conduciendo cuatro grandes frascos de boca ancha, que contenían polvos blancos y amarillentos, y un líquido de color de agua turbia, todo lo cual puso sobre una mesita arrimada a la barandilla y en una cuchara de metal blanco y cabo ancho; en seguida se presentó Perdomo limpiándose la boca con un limpiadientes de oro, lo que nos hizo comprender que a la oración siguió el desayuno. ¡No sabíamos en qué berenjenal estábamos metidos!

Todo fue saberse en el inmediato campamento que el *doctor* estaba presente, y caernos encima un alud de más de quinientos enfermos andrajosos y mugrientos; al verlos, Perdomo los apostrofó en términos vulgares y groseros para que se retiraran e hicieran silencio, obtenido el cual, gritó:

—¡A ver, los del toro! En el acto empezaron a aproximarse a los antepechos aquellos a quienes había recetado la dicha medicina; sacaban la lengua en la misma actitud de los que van a comulgar y el taumaturgo les introducía en la boca el polvo que alcanzaba a recoger en el cabo de la cuchara. Despachados los *del toro*, llegaba el turno a los *del trueno*; en seguida, a los de la *chispa eléctrica*, y, por último, a los del *calmante*. Como el compadre Cirilo llevaba ya entre pecho y espalda el *toro*, y este era un vomitivo, según se conjeturó, de tártago emético, suministrado en alta dosis, montó en su caballo y tomó el trote hacia la posada en donde se le habían preparado los útiles indispensables para el buen desempeño de la función que nos iba a dar.

Al acercarse Perdomo a Mogrobejo, este sacó medio palmo de lengua, en la cual le depositó aquel un polvo blancuzco que, al tragarlo, le supo muy amargo. Volvimos a tomar nuestros caballos; pero al tratar Fetecua de poner

pie en el estribo, sintió tal sacudida que poco le faltó para dar en tierra. Asustado el campesino con este accidente, exclamó, acongojado:

—¡Santo Dios! ¿Qué será esto?

—Nada, don Toribio —le contestamos—; trate de montar y encaminémonos a la posada.

Hizo otro esfuerzo para montar, aunque sin lograrlo, porque se sentía envarado y tembloroso, con la respiración anhelosa, los ojos fijos, rígidas las extremidades y las manos crispadas; en una palabra: sufría las mismas convulsiones que los perros cuando han tragado mortal bocado.

Como no podíamos permanecer en ese lugar, y era indispensable llegar cuanto antes a la posada para tender en su lecho al enfermo, rogamos a los que estaban allí nos ayudaran a subir sobre el caballo a don Toribio, y que un robusto mozo se le montara en ancas, a fin de sujetarlo, porque el campesino temblaba y brincaba lo mismo que los que sufren perlesía o tétanos.

Al pasar por en medio del campamento de enfermos nos parecía hallarnos en la batalla de Waterloo, tal era el fragor y tronamenta producidos por los que en esos momentos estaban bajo la influencia del *toro* y el *trueno*. Con gran esfuerzo logramos bajar del caballo a Fetecua y acostarlo sobre un colchón tendido en el suelo para que brincara y se sacudiera a su gusto.

Pero apenas estábamos en el prólogo de la obra.

El compadre Cirilo era presa del más furibundo vomitivo purgante, sin que dieran abasto todo los enseres de la jabonería para recibir lo que arrojaba, ni fueran suficientes las canales o cauces de aquel orejón para que saliera sin estrépito la rezagada avalancha, que, cual lava del volcán en erupción, le subía del estómago, buscando salida por la boca y las narices de este desdichado: y como las diversas situaciones de la vida se repiten, nuestros dos campesinos maldecían, como Sancho, de Perdomo y del que en hora menguada les aconsejó que ocurrieran por ese camino en busca de remedios desconocidos para curarse enfermedades imaginarias.

Ya el sol declinaba y el par de campesinos continuaba: el uno, haciendo contorsiones, y el otro, en tren de arrojar las tripas, sin que pudiéramos hacer otra cosa que increparles su *bestialidad*; y como temíamos que

murieran sin saber qué hacerles, enviamos a decirle al que era causa de aquel percance el estado de los enfermos. Perdomo contestó con grande indiferencia que ya les pasaría el efecto de los medicamentos, y que al día siguiente fueran para suministrarles el *calmante*.

Después de noche agitada y sacando fuerzas de flaqueza, volvieron nuestros dos amigos al Riachuelo en busca del suspirado remedio ofrecido; pero se les informó que el *doctor* se había ido para Cipacón, en busca de *hierbas misteriosas*, a fin de reponer las que decía se le habían acabado, de manera que los enfermos se quedaron esperando en ese día el medicamento que debía poner término a los sufrimientos reales que les ocasionó la medicación del hombre prodigioso; y para que la burla fuera completa, se supo por la noche que el charlatán había tomado la vía de Tenjo, con dirección al Norte, dizque para salvarse de la persecución del Gobierno. Dejamos a la consideración del lector el desconsuelo que se apoderaría de los centenares de enfermos, que quedaron tirados en la mitad de un llano sin saber adónde ir ni qué hacer para neutralizar los efectos de las drogas que habían tomado con fe ciega.

No fue menos perniciosa la permanencia de Perdomo en Serrezuela de lo que había sido en otras partes. A los enfermos que operó sacándoles lobanillos o tumores grasosos no les fue mal; pero cuando hizo operaciones de alguna gravedad, tuvieron resultados funestos.

Y este procedimiento de aquel hombre era el mismo en todas partes. Se ganaba la voluntad de los párrocos con promesas de costear funciones religiosas o reparar iglesias; pero cuando llegaba el tiempo de cumplir la oferta se zafaba del compromiso con cualquier pretexto.

A nuestros dos campesinos se les quitaron las ganas de volver a buscar aventuras médicas, y tuvieron que ocurrir a un distinguido profesor para que los curara de las consecuencias de la curación de Perdomo, lo que consiguieron después de seis meses de asidua medicación.

—Compadre —nos dijo en una ocasión don Cirilo—, qué cierto es que más vale *¡malo conocido que bueno por conocer!*

—Así es el mundo.

Guasca fue la población escogida por Perdomo para continuar sus aventuras. Allí no ofreció costear funciones religiosas, sino la edificación

de la torre de la iglesia. El cura creyó en la oferta y envió a Bogotá por el arquitecto Francisco Olaya y el constructor Fidel Pinzón, quienes trabajaban en la obra del Capitolio, para que se hicieran cargo de levantar la torre proyectada. Ya estaba todo preparado para dar principio a los trabajos, y el campamento cuajado de centenares de enfermos, que acudían de los cuatro puntos cardinales, cuando el bribón del *doctor* se presentó una bella mañana en ademán bélico, resuelto a matar al sirviente que lo acompañaba, con el pretexto de que era un traidor y, además le había robado su famoso caballo tordo. Al ver y creer los vecinos que el hombre pretendía cometer un asesinato trataron de apaciguarlo, visto lo cual por Perdomo se les encaró y los insultó en los términos más groseros, y sin explicaciones tomó el portante por la vía de Boyacá, de donde siguió para Santander, repitiendo las mismas comedias y dejando por dondequiera que pasaba un pavoroso rastro de enfermos abandonados, que debían volver a los médicos para que los recetaran; no hay duda de que aquel hipócrita profesaba el principio de los mozos de mulas que dice: *El que viene atrás, que arree*.

Un respetable sacerdote, que después fue obispo, era sincero partidario de Perdomo, y como alguien increpara en presencia de aquel los procedimientos quirúrgicos de este, le contestó, con admirable candidez:

—Los imprudentes amigos de Perdomo tienen la culpa de los desaciertos que él pueda hacer, porque lo han comprometido a que extraiga cotos, cuando en lo que es infalible es en sacar *cotas*...

Perdomo concibió el proyecto de llevar al partido conservador a remolque del *anestésico* y *hemostático* que cargaba en las alforjas; al efecto depositó en el Banco de Bogotá 5.000 pesos a la orden de un distinguido caballero, quien a su vez traspasó el dinero a otro copartidario, para dedicarlo a la compra de armamento; pero probablemente se dificultaría la operación, o se presentaría algún inconveniente para llevarla a cabo. El hecho fue que, por causas que ignoramos, el último depositario dio a guardar el dinero a un tercero, que se alzó con él, al mismo tiempo que publicó una hoja volante en la que abjuró de las opiniones conservadoras, alegando, entre otras razones, que los partidarios de estas no respetaban la propiedad.

En Venezuela quiso repetir las mismas escenas que había representado en el Ecuador y en Colombia; pero el *Ilustre americano* no entendía de esas

burlas, y le hizo advertir que si inquietaba a los *llaneros*, lo graduaría de médico doctor en la Universidad de las bóvedas de la Guaira. Perdomo no se hizo repetir la notificación y desocupó el campo, dirigiéndose a Istmo y de allí a Guayaquil.

Tenía resuelto continuar el oficio entre los indígenas de Bolivia; pero las viruelas negras dieron con él en la fosa. Alguien, en mala hora, propaló la noticia de que la muerte y el entierro del taumaturgo eran puras farsas, lo que fue suficiente para que, sin tener en cuenta las consecuencias, exhumaran el cadáver de Perdomo, después de tres días de enterrado. Los guayaquileños tuvieron la satisfacción de persuadirse de que aquel estaba bien muerto, podrido y sin peligro de que resucitara hasta el día del juicio final, pero a costa de la terrible epidemia, que se recrudeció con la imprudencia cometida sin las precauciones necesarias y diezmó la población. De manera que de nuestro paisano Perdomo se pudo decir lo que la Historia refiere del Cid Campeador: «Que mató más moros después de muerto que cuando vivía.»

Pero ¿quién era Perdomo? ¿Hacía curaciones? ¿Era hábil cirujano? ¿Poseía algunos secretos?

Contestaremos por partes.

Como todos los charlatanes o empíricos, Perdomo aprendió a explotar a las masas populares e ignorantes aprovechando las creencias religiosas de las comarcas que recorría y propalando la idea de que poseía sustancias medicinales que, a ser ciertas las propiedades que les atribuía, habrían causado gran revolución en el mundo científico. Cada cual tiene algo de médico, poeta y loco, y todo *quídam* que tenga la manía de recetar matará a muchos, pero a otros les dará la salud; pues si a un asno que sopló la flauta le sonó por casualidad, ¿cómo no ha de suceder lo propio a un hombre, que es más que el asno? Manejaba el cuchillo con la habilidad de un mayordomo de las haciendas en tierras calientes, donde la necesidad hace ley y las bestias no pueden dar cuenta del resultado favorable o adverso de las operaciones quirúrgicas que en ellas se hagan; y respecto a los secretos que poseía, bastará que se sepa que, desde antes de llegar a Bogotá, hizo comprar por tercera mano *todo el tártaro emético* que había en la botica de Medina Hermanos, droga que bautizaba con el nombre de *toro*. En otras droguerías se proveyó, en grandes cantidades, de calomel, para el *trueno*;

nuez vómica, para la *chispa eléctrica*, y bromuro de potasio, para el *calmante*. *Voilà tout!*

Y como todo propagandista no deja de tener discípulos que aspiran a la sucesión del maestro, Perdomo tuvo imitadores, que se diseminaron por los pueblos con el fin de ganar la vida ejerciendo la medicina que le vieron practicar. Villeta fue el teatro escogido por un talabartero, cuyo nombre no hace al caso, para sentar plaza de médico. La casualidad hizo que ocurriéramos donde el artesano, con el objeto de que remendara los bastos deteriorados de nuestra montura; pero se excusó de prestarnos este servicio, dándonos por razón que los numerosos enfermos que tenía a su cargo dentro y fuera de la población no le permitían atender a nuestra solicitud. Lo felicitamos por la buena fortuna con que bogaba y le preguntamos cuál era la enfermedad reinante en el distrito, a lo que nos contestó que había muchas calenturas, y que, entre los hombres, se había desarrollado ¡la *fiebre puerperal*, de la cual estaba muy grave *un calentanito*...!

El prestigio de lo maravilloso que se atribuía a Perdomo subió de las masas populares a las capas superiores de la sociedad, y estas se encargaron de hacer punta al clavo para que entrara.

Si se tiene en cuenta la ausencia de medios preventivos para impedir el mal y las instituciones que nos regían en la época a que nos referimos, el estado de los ánimos, sobreexcitados por las pasiones políticas de los partidos, y el natural deseo de los vencidos para recuperar el Poder, se sacará la consecuencia de que, si las facultades intelectuales de Perdomo hubieran guardado proporción con su audacia e imprudencia, habría lanzado al país en alguna aventura sangrienta de peor carácter que el socialismo, que hoy es el terror de las naciones europeas.

Notas

[1] En la calle 9ª, en uno de sus guardalados, se leía la siguiente inscripción: «Puente Núñez. La Municipalidad de Bogotá al doctor Rafael Núñez. 28 de septiembre de 1886.»

NIEVES RAMOS

«PACHO QUEDA A LA DERECHA de donde yo estoy sentado.» Así empieza el renombrado cura de aquel lugar, el año de 1807, la descripción del pueblo y la bellísima comarca en que se fundó, a mediados del presente siglo, la primera empresa de ferrería en el país bajo la dirección de los progresistas caballeros ingleses señores Roberto Bunch y Alejandro Mac Douall.

Lucas Gómez se llamaba el buen párroco, quien tenía desaforada inclinación a las ciencias naturales, y escribió el celebérrimo Diario que tiene por epígrafe *Pacho, en la mano*, con el laudable propósito de no defraudar a la posteridad del fruto de sus observaciones científicas y especulativas en lo tocante a todos los ramos del saber humano.

Reputaríamos como cargo grave de conciencia privar a nuestros lectores de una pequeñísima muestra de la erudición del doctor Lucas, y por ello les presentamos a continuación el preámbulo de la obra y algunas descripciones del mismo género:

«Prosigo continuando en delinear el discurso de la formación de este pueblo; y de lo principal, que es la organización con posición y correspondencias del cuerpo entre sí; que componen la perfección de todos, y como este se forma de conductos, venas y arterias, por donde se comunican unos a otros, por eso se llama así, porque voy a demostrar acerca de la cabeza de la Iglesia, que es la base fundamental: de suerte que lo que he propuesto antecedente es lo accesorio.

»Acordándome de lo que dice un poeta sobre el desembolso que debe tener todo hombre sensato para discursar, formar o discurrir sobre alguna materia, y que sea de gusto para evacuar prolijamente sus empiezos como discursista veraz:

Si no corre el dinerillo
nada puede haber corriente;

porque él es móvil y agente
de cuanto al mundo da brillo.»

No son menos originales las descripciones que hace de las plantas y de sus propiedades. Vaya otra muestra:

«Alfalfa, herbaje conocido por las bestias: le comen los ingleses en ensalada.

»Apio, conocible y medicinal.

»Brevo, árbol que da brevas.

»Otro arbusto de flor nacarada.

»Garbanzo, se da bueno.

»Manzano, indígena, porque se trajo de Chía.»

Y para que no quedara duda acerca del autor de estas maravillas, las escribió, en tinta roja, con caracteres ilegibles, parecidos a los que haría una mosca que tuviera las patas mojadas en el líquido; pero haciendo bien comprensible la firma, que se lee con perfecta claridad: *Laca Gamos*, en medio de una rúbrica enredada e indescriptible.

La reputación de hombre excéntrico que tenía el doctor Gómez contribuyó a que le achacaran cuantas barbaridades hicieran los demás, como si no fueran suficientes las que el buen párroco exhibía a cada paso con el mayor aplomo y cierto espíritu de malicia que a nadie perjudicaba.

El invento de las cajas de música causó entre los santafereños impresión de asombro, mezclada de cierta desconfianza, por lo sobrenatural que tuviera *esa música encerrada en tan estrecho recinto*; las primeras que trajeron a Santafé eran tan pequeñas que cabían en el bolsillo del pecho, y esto contribuyó para que el que deseara divertirse a costa de la ignorancia de otros se presentara en alguna reunión y aprovechara el primer momento de silencio para dejar andar la maquinita. ¡Raro fenómeno! La idea de que oían música celestial venía a la mente de los demás, quienes quedaban con los ojos fijos en el techo de la casa.

La primera persona de quien se acordaron los sorprendidos por las cajitas de música fue el cura de Pacho. Cada cual se forjaba mil fantasías acerca del asombro que tal invento debía de causar al doctor Gómez, amigo de

escudriñar todos los arcanos. Sin pérdida de tiempo emprendieron viaje de Zipaquirá a Pacho varios caballeros amigos de bromas, sin otro objeto que el de gozar con los aspavientos que haría el cura al oír la cajita.

Llegados que hubieron nuestros expedicionarios a la casa cural, después de los primeros saludos y de los cumplimentos del caso, uno de ellos colocó debajo del sombrero, sobre una mesa, la cajita que llevaba, y le dio cuerda en el momento convenido con los compañeros.

Pero el doctor Gómez no se daba por notificado, visto lo cual por los amigos le llamaron la atención, diciéndole con cierto misterio:

—¿No oye, señor doctor?

—Sí, suena como si estuvieran destilando mistela...

En la ceremonia del descendimiento de la cruz, un Viernes Santo, predicó el buen cura con tal elocuencia, describiendo la Pasión de todo un Dios, «*gargajeado y coceado*», que los sencillos feligreses lloraban a moco tendido, dándose terribles golpes de pecho; visto lo cual, les dijo aquel, con acento compasivo y voz consoladora:

—No os aflijáis tanto, hijos míos; en lo que os he dicho debe de haber alguna exageración, porque si de Bogotá a Pacho mienten tanto, ¿qué será de Jerusalén a este lugar?

Bajo muchos respectos es digna de fama imperecedera la risueña población de Pacho, rodeada de cristalinos riachuelos, sombreados con las acacias y guamos que embalsaman el aire; con un clima suave, que ejerce benéfica influencia en sus tranquilos y honrados habitantes, entre quienes no se conocían los *fulleros* y, por consiguiente, tenía poco que hacer la justicia.

Entre la flora de las montañas que circundan la población se encuentran las espléndidas *orquídeas*, que causan admiración de quien las ve, y de las cuales se hace gran comercio en el mundo.

Pero no bastaban a los hospitalarios *pachunos* los beneficios de que gozaban, de una manera casi excepcional, respecto de otras comarcas; era preciso que a los dones naturales se añadieran los sobrenaturales, y este anhelo o capricho místico lo tuvieron aquellos, en carne y hueso, cuando menos lo pensaron.

Por allá en el año de 1870 corría en Pacho el *run-run* de que, en su seno, existía una joven que no podía alimentarse, a causa de que tenía entre la piel ciertos insectos parecidos a los camarones vivos, y que la avidez de estos se aumentaba cuando la infeliz comía cualquier cosa, en términos de que el tropel de los voraces animales por saciar el apetito producía en ella síntomas de asfixia.

El rumor fue tomando consistencia, y algún tiempo después se decía que la joven sí se alimentaba cada ocho días, durante los cuales permanecía tranquila, sufriendo con resignación la dolencia que le aquejaba.

Pero la cosa *subía de punto*, como la miel cuando hierve; se aseguraba a pie juntillas que la joven comulgaba todos los días, después de lo cual no tomaba otra cosa, y que este era el secreto de su misteriosa existencia.

No se necesitó más para excitar la curiosidad del vecindario, ávido de novedades, por lo cual la visitaban con frecuencia, obsequiándola con todo aquello que pudiera necesitar, llegando la generosidad hasta donarle una casita de tapia y teja, que a la entrada del pueblo habían edificado, muy aseada, para que viviera la joven con la madre, que la cuidaba; con el ítem de que todas las mañanas se disputaban las gentes el honor de llevar a la iglesia la camilla que ocupaba; algunos afirmaban también que era tullida.

Llegadas las cosas a este punto, se aseguraba como un hecho incuestionable en toda la comarca que en Pacho vivía una santa que hacía milagros, que no comía, ni bebía, ni dormía, ni se movía, ni... En una palabra: que existía allí un cuerpo glorioso.

Como manifestáramos algunas dudas a la persona que refería tantos portentos, esta nos contestó, con cierto airecillo de burla:

—Ya sabemos que ninguno es profeta en su tierra. Este es asunto de ver y creer; si quiere convencerse, vaya a Pacho; pero no vaya prevenido contra la evidencia de los hechos; sobre todo, despréndase del espíritu de egoísmo de los bogotanos, que todo lo quieren para sí. Mal que les pese, tendremos una santa de Pacho, lo mismo que Lima tiene su Santa Rosa, y Quito, a Santa María Ana de Jesús. ¿Estamos?

—No lo dije por tanto. Le prometo que en la primera oportunidad iré no digo a Pacho, sino al fin del mundo, porque le confieso que desespero de ver de cerca a un santo.

—*A Dios rogando y con el mazo dando*: en Pacho tiene usted su casa, y allá lo espero en el próximo diciembre.

Y así fue. El 1 de enero de 1877 nos hallábamos en Pacho, y lo primero que hicimos al llegar fue ir a ver y palpar a la *santica*, nombre con el cual era conocida la gran taumaturga NIEVES RAMOS.

En compañía de dos amigos relacionados con la *santa* empezamos la romería, yendo a misa de seis con el objeto de persuadirnos de la realidad de los hechos.

Dos hombres conducían una camilla, semejante a la cuna de un niño, cubierta con toldillo de lienzo blanco, y la colocaron en el presbiterio de la iglesia.

Los fieles que estaban dentro se pusieron en pie al presentarse dicha comitiva y echaban miradas de satisfacción cuando esta se les aproximó.

Apenas instalada la heroína cerca del altar, se le acercó el cura para preguntarle si deseaba *reconciliarse*; esta hizo ademán negativo; visto lo cual por el sacerdote volvió a la sacristía, donde se revistió para salir a decir misa.

Durante la augusta ceremonia reinaba profundo silencio en el templo, y solo se oían los ternísimos suspiros que debía arrancar el amor divino a la que ardía en deseos de recibir al Único que era capaz de saciarla; amén de cierta tosecilla, seca y prolongada, que parecía como si viniera del otro mundo.

Temerosos de que la *santa* se asfixiara si le repetía el acceso, indicamos dos amigos la conveniencia de que le diéramos algún medicamento.

—Este es el milagro que presenciamos todos los días —nos contestó uno de ellos—. Deje usted que reciba la comunión y verá cómo se queda quieta, sin que dé otras señales de vida sino la respiración entrecortada, que la hace estremecer de gozo celestial.

Aún hablaba quedo nuestro amigo cuando el acólito levantó el toldillo y vimos a Nieves con los brazos extendidos hacia el sacerdote, que le daba la comunión —ni más ni menos que como recibía Santa Catalina de Siena el Pan de los Ángeles—, anonadada por la emoción, al mismo tiempo que dos gruesas lágrimas se desprendían de los ojos, medio velados con largas y

negras pestañas; entreabrió la boca, recibió en la lengua la forma consagrada y permaneció largo rato extática, sin darse cuenta de lo que pasaba, ni de las miradas que sobre ella teníamos puestas los qué estábamos en la iglesia.

En la ceremonia que acabábamos de ver todo fue correcto y ajustado a las reglas más estrictas de piedad; y, sin embargo, se nos vino a las mientes, como una tentación invencible, cierto estribillo que dice: *En lágrimas de mujer y cojera de perro no hay que creer*... Aquellas dos gruesas y ostentosas lágrimas se nos indigestaron de tal modo, que a poco más se nos hubieran resuelto en apoplejía fulminante. Y lo peor fue que nos vimos obligados a guardar reserva con los dos amigos acerca del incidente, porque si estos hubieran maliciado la tentación de que éramos víctimas, se habrían ofendido mucho y no nos habrían llevado a ver *la nueva casa de Loreto*, donde moraba la *santa* con su anciana madre, mulata muy despierta y acuciosa, especialmente en dar explicaciones conducentes a la fe con que debía creerse el portento que se operaba incesantemente en la paciente *Nievecitas*.

Tras del humo, seguimos la comitiva que acompañó a Nieves a la casa en que vivía, a fin de averiguarle, inmediatamente después de comulgar, si era cierto que no comía, etc., etc., etc. Este era el punto capital para los dos amigos.

Nos recibió con afabilidad la madre de la *santa*, y nos introdujo a la alcobita, donde había una cama tendida con aseo, algunas silletas de guadamacil, estampas de santos y, en una mesita, la Virgen de Lourdes con algunas flores y un frasquito con agua al pie de la imagen; al frente de la cama estaba colgado el crucifijo y junto, la camilla que habíamos ya visto, con Nieves en ella.

Desde luego, nos llamó la atención la postura de la enferma, cuyas piernas debían de estar dobladas necesariamente para que cupiera en la camilla, que era un simple cajón que no tendría ochenta centímetros de largo, con la anchura suficiente para contener el resto del cuerpo humano, que no puede reducirse.

Después de los saludos de uso y costumbre en casos semejantes, y de que nuestros dos amigos manifestaron a Nieves quiénes éramos y el deseo que

nos llevó a su casa, la acometimos de lleno a preguntas y repreguntas, para satisfacer las cuales nos refirió lo siguiente:

«Desde muy niña sentí vocación decidida por la vida monástica, pero tuve un sueño en el que soñé que no era el claustro el lugar que debía ocupar en el mundo, por lo cual desistía del primer propósito.»

Soñé que soñando me soñaba, decía Rafael Lasso de la Vega[2], de feliz memoria.

Y sigue el cuento:

«Un día salí de la escuela para el huerto donde veneraba la imagen de Nuestra Señora de Lourdes; me arrodillé, como de costumbre, para hacer un saludo a la Virgen; pero cuando quise ponerme en pie no pude hacerlo, porque las piernas se me paralizaron, y desde entonces permanezco en una misma posición.

»Afligida con el percance, me quejé a la Virgen; pero entonces oí una voz.de lo alto que me dijo: *Calla y sufre con paciencia, porque este es el principio de tu gloria*.»

Sotp! Quis sicut Deus?, dice don Peregrino San Miguel que el Arcángel San Miguel dijo al diablo, en el famoso *Misterio de Dios*.

«Algún tiempo después experimenté violentos dolores, que calmaron cuando me aparecieron insectos entre el cuerpo, los que me andaban dejándome señales semejantes a las que produce la disciplina cuando se aplica con mano pesada. Desde ese entonces empecé a perder el apetito, la sed y las consiguientes funciones naturales, hasta cesar por completo toda necesidad corporal, para obtener en cambio la inmensa compensación de recibir diariamente al divino Jesús en la Eucaristía, que me sacia el alma y me alimenta el cuerpo...

»Cinco años hace que guardo la misma posición. Últimamente me atormentaron dolores neurálgicos en la cara; pero en cierta noche se me apareció una hermosísima Señora, cuyas facciones no pude distinguir, porque el brillo de la luz que irradiaba en torno de ella me ofuscó.la vista, aunque sí oí que me dijo: «Nievecitas, aquí te traigo este frasquito de agua de mi fuente para que te frotes donde te duela...»

Y este era el mismo que se veía al pie de la imagen de Nuestra Señora.

Aquí no pudimos contener la curiosidad que nos hormigueaba el cuerpo por ver y palpar el presente indicado, y atropellando las conveniencias sociales interrumpimos a la narradora mientras nos acercábamos a contemplar el frasquito milagroso. Cuál sería nuestro asombro al ver un frasco ordinario con este rótulo: «L. T. Piver, perfumista de París.» ¡Sin ser adivinos, pudimos deducir que en el cielo se usan perfumes destilados en la tierra, y hay fábrica de cristales..., claro!

«De cuando en cuando —continuó— suele aparecérseme la misma Señora, me conforta con palabras amorosas y me toma cuenta de los beneficios pedidos por intermisión de su querida Nieves, que es como me llama, a fin de darles pronto y favorable despacho.»

¡Oh, qué trato, qué belleza, qué luz!

Terminada la minuciosa relación que dejamos expuesta, nos despedimos, encomendándonos a la santa que nos alcanzara el don de la fe. Antes de salir vimos a la feliz madre que concibió tal portento acechando detrás de la puerta. Le dimos una limosna para ayuda de los gastos de la casa.

Olvidamos decir que Nieves Ramos tendría en dicha época treinta años de edad, y que era de rostro blanco sonrosado, ojos negros hermosísimos, cabellos negros, que hacían contraste con la blancura diáfana de la tez; voz suave, mala dentadura y aspecto de completa resignación. A juzgar por la talla del torso, única parte del cuerpo que sobresalía del cajón, debía de ser de alta estatura. En las manos finas y huesosas tenía un rosario de cuentas de concha nácar, montado en plata; mientras hablaba se ocupaba en pasar y repasar las cuentas; a veces se interrumpía para fijar la mirada en el crucifijo o en la imagen de Nuestra Señora, exhalaba hondo y tierno suspiro, después de lo cual continuaba su relato, como hace una persona cuando se distrae y vuelve a seguir el hilo del discurso.

Tanto en la casa como en la persona de Nieves se notaba el mayor aseo; vestía jubón de percal rosado, cuello de encaje, escofieta en la cabeza y pañolón de lanilla oscura.

—Parece paloma en el nido —fue lo primero que nos dijo, al salir, uno de nuestros amigos—. ¿Qué dice de lo que acaba de ver? —nos preguntó.

—Esta mujer es una santa o un demonio; no hay término medio.

—Me atengo a lo primero.

—El tiempo lo dirá.

La fama de la santidad de Nieves llenaba la comarca. En todas partes hablaban de los portentos alcanzados por la intercesión de la *santica* de Pacho; y como la luz no puede encerrarse en una redoma, la fama de aquella salió de los estrechos límites en que resonaba para esparcirse por todo el país.

En la ferrería de Pacho estaba de superintendente míster William Pitt, hombre excelente y de carácter franco. Al oírnos discutir con nuestros dos amigos acerca de la protagonista de esta historia, se quedó en actitud de meditar, hasta que uno de estos, que era coronel, le interpeló, diciéndole:

—Y usted, ¿qué opina, míster Pitt?

—*¡Oh my dear coronel, mi opinará después que Ramo y Nieve meta horno alto y no queme ni derrita!*

¡Quién hubiera creído que el inglés era profeta!

Fuimos en seguida a visitar al clásico orador doctor Manuel Fernández Saavedra, chantre de la Catedral de Bogotá, quien se hallaba en Pacho en busca de salud.

—¿Qué cree usted, señor doctor, respecto de Nieves Ramos?

—Esta mujer está *endiosada*; hace mucho tiempo que la confieso y le declaro a usted que cada vez que le administro los Sacramentos ¡experimento algo muy semejante a lo que debe de sentirse en el cielo...!

A nuestra vuelta a Bogotá recibimos invitaciones de varias personas respetables para que diéramos a la autoridad eclesiástica informes sobre lo que hubiera de cierto en tan espinoso asunto. Por toda respuesta nos limitamos a referir lo que habíamos visto, pues bien comprendimos que la ola de santidad subía, y que subiría lo suficiente para ahogar al que intentara detenerla.

A pocas vueltas creció de tal manera la fama de Nieves, que, según la voz general, no habría necesidad de esperar que muriera para canonizarla —a lo menos así lo tenía resuelto el conciliábulo de beatas ociosas—. Según estas, el arzobispo señor Arbeláez y su digno secretario, el doctor Joaquín Pardo Vergara, estaban cometiendo el pecado de omisión y descuido, al no disponer la inmediata solemne traslación de la *santa* a

Bogotá, a fin de darle culto en vida y gozar de las bendiciones del cielo, que llovían a torrentes dondequiera que esta moraba.

Pero como los más entusiastas vieran que la autoridad eclesiástica procedía con la prudencia que debía, resolvieron precipitar los acontecimientos, y el día menos pensado se aparecieron con la santa en Chapinero, donde tenían preparado alojamiento para ella y la madre, y alimentos para la segunda, única que comía.

Sin poderlo evitar, y aun a riesgo de dar escándalo a nuestras lectoras, copiamos la mazorral estrofa de la oncena de Santo Domingo de Guzmán, que, en nuestra calidad de refractarios, repetimos entonces con ocasión del mayor ensanche que iba a tomar el escenario de Nieves:

De los pechos maternales,
tierno infante, te abstenías,
ayunando muchos días
por culpa de los mortales.
Si esto obrabas en pañales,
¿qué harías cuando crecido?

Apenas supieron los bogotanos que tenían de cuasi vecina a la *santica*, se les desarrolló tal comezón por conocerla que, a todas horas del día y en parte de la noche, se notaba el incesante ir y venir de los romeros, en coche, a caballo, en sillas de manos, a pie o como podían, especialmente para no perder la misa que celebraban en la pieza en que moraba Nieves, trocada en santa capilla, y ganar las indulgencias concedidas, ¡no se sabe por quién!, a los que asistieran al Santo Sacrificio en el lugar citado, amén de la sacada infalible de ánima bendita del Purgatorio...

Acababa de celebrar el señor Arbeláez en su oratorio cuando sintió gran tropel en el palacio arzobispal; algo muy grave debía de ocurrir para que así se atrevieran a proceder los que entraban.

Sorprendido el arzobispo, salió a ver qué era tanta bulla; la metían unos cuantos devotos de ambos sexos, quienes, al presentarse el prelado, se arrodillaron, al mismo tiempo que le ponían de manifiesto una servilleta blanca con ligeras señales de sangre.

—Ilustrísimo señor, ¡estigmas mejores que los de San Francisco de Asís! —le dijo el que encabezaba el nuevo concilio.

Confuso por demás, el ilustrado señor Arbeláez pidió explicaciones del misterio, que no comprendió hasta que el mismo entusiasta milagrero refirió, como hecho auténtico y comprobado, que en la noche del jueves al viernes de cada semana le aparecían a la *santa* Nieves de Pacho estigmas en las manos, cuyas señales habían quedado estampadas en la servilleta, que traían para convencerlo; que igual impresión debía de tener en los pies, pero que el pudor de la *santa* no permitía descubrirla para que lo vieran.

El señor Arbeláez despidió a los importunos visitantes, ofreciéndoles que se ocuparía en el asunto, y les aconsejó mucha prudencia en lo sucesivo.

Ya para entonces la reputación de *santidad* de Nieves había llegado a su apogeo. En la casa en que vivía era preciso *hacer cola con anticipación* para poder llegar a ver, oler, oír, gustar y palpar a la maravillosa mujer; los fervorosos devotos de esta llegaban hasta la idolatría en las exageradas demostraciones que se le tributaban, no siendo la menor el acto de entrar caminando de rodillas, besar el suelo inmediato a la camilla en que permanecía ella y pedirle con lágrimas y suspiros la merced deseada. Nieves sostenía su nueva posición, con tal tranquilidad en sus ademanes como si fuera un soberano que se dignara recibir el tributo que humildes le rindieran sus vasallos amorosos.

Ni era menos interesante presenciar la vuelta de Chapinero a Bogotá de los fervientes adoradores de la bienaventurada. Cada uno refería la gracia especial que había alcanzado de la incomparable Nievecitas, pues, según decían, esta poseía en grado superlativo el don de hacer milagros hasta para resucitar muertos.

Todos se hacían lenguas al ponderar el sin igual desinterés de la *santa* y la discreción de la feliz madre, que se veía forzada a recibir los obsequios que le llevaban los devotos de la hija, ya en especie, como botellas de vino añejo, pastillas de suculento chocolate, vinagre de los *cuatro ladrones* y otras menudencias del mismo jaez, que la acuciosa madre dizque empleaba en aplicar *baños de vaho* a la paciente para que no se fuera a quedar en el *quinto cielo*, adonde la llevaban los constantes éxtasis; ya en algún dinerillo para los gastos de menaje, alumbrado, etc., de las dos mujeres; pero los devotos olvidaban que con muchas gotas de cera se hace un cirio pascual.

Las peticiones a la *santa* eran verbales o por escrito; entre la nomenclatura de las últimas se contaban aquellas que, por la condición que tenían de reserva, no podían hacerlas delante del numeroso concurso que rodeaba a Nieves, quien contestaba, con la cándida sonrisa que manejaba maravillosamente, dando esperanzas de alcanzar lo que pedían, siempre que el peticionario tuviera la fe del carbonero, que, al decir de ella, era la mejor.

Era pródiga en distribuir algunos objetos insignificantes de uso personal que le exigían los devotos, y llevaba la humilde condescendencia hasta permitir que le lavaran las manos y le cortaran las uñas de las mismas; el agua de ablución la recogían en redomas para darla a beber como antídoto infalible contra los males de estómago, y decían que la mujer casada que llevara consigo la partícula de una uña disfrutaría infaliblemente de los santos goces de la maternidad; pero la *reliquia magna* que alcanzó a figurar en los oratorios particulares de Bogotá fueron los guantes que le ponían a la estigmatizada en la noche del jueves al viernes, con el piadoso objeto de recoger las preciosas gotas de sangre que vertía la *santa*, cuando se presentaba el fenómeno misterioso que solo concedió el cielo a pocos de los santos más insignes...

La presión de los teólogos de levita y de las beatas para que el señor Arbeláez diera testimonio autorizado para continuar el culto público a Nieves y, más que todo, el deseo del prudente prelado de poner en evidencia lo que hubiese en el asunto, de manera incontrovertible, le decidieron a dar orden a los doctores Carlos E. Putnam y Luis María Herrera para que estudiaran en Chapinero lo referente a los estigmas. Al efecto se presentaron estos caballeros en la casa de Nieves un jueves por la noche, y tomaron las precauciones posibles para evitar cualquier superchería que pudieran jugarles.

Amaneció el viernes, y aquellos registraron cuidadosamente las manos de la *santa*; pero no había en estas el menor rastro del milagro.

Hemos notado que la luz repentina ofusca la vista. En el caso a que nos referimos ocurrió el mismo fenómeno; los fanáticos devotos de Nieves dieron señales de sagrada indignación, diciendo que era una impiedad imperdonable ir a profanar el santuario en que aquella moraba para hacer experimentos mundanales y curiosos.

La farsa tenía visos de prolongarse indefinidamente, en perjuicio del verdadero sentimiento religioso. Al señor Arbeláez y al padre dominicano Antonio Garzón, capellán de la iglesia de Chapinero, hacían cargos los fanáticos porque no autorizaban oficialmente el culto de la gran sierva de Dios; el digno prelado, por su parte, no podía ni debía permanecer indiferente en un asunto tan grave, ora por las consecuencias favorables que produciría la comprobación de los portentos atribuidos a la pretendida *santa*, ora porque, en caso contrario, era forzoso hacer cesar el escamoteo e intranquilidad de las muchas personas que, la mayor parte de buena fe, creían en la beatitud de la mujer extraordinaria.

El señor Arbeláez, con el tino y prudente energía que lo distinguían, dispuso que trasladasen a Nieves, de Chapinero al Hospital de San Juan de Dios, a fin de sujetarla al régimen indicado por los distinguidos médicos doctores José María Buendía, Rafael Rocha Castilla; Juan David Herrera, Nicolás Osorio, José Vicente Uribe, Pío Rengifo y Carlos E. Putnam, coadyuvados por las Hermanas de la Caridad, con el objeto de establecer la prueba inconcusa de que aquella no tomaba alimentos ni ejercía ninguna de las funciones corporales propias de la especie humana. Si de esta prueba salía airosa la paciente, debía proseguirse la experiencia hasta llegar a la conclusión que se desprendería de tan extraño prodigio.

Al efecto, el 7 de julio de 1879 trajeron a Nieves al hospital acompañada de la madre, y las colocaron en una pieza que daba todas las seguridades de que no *meterían gato por liebre*; las hermanas recibieron instrucciones para suministrar a la estigmatizada los alimentos que pidiera, caso en el cual debían establecer el correspondiente comprobante, mientras llegaba el momento de dar principio a la serie de investigaciones por las cuales debía pasar.

Del citado día 7 hasta el 12 del mismo mes, en que tuvo principio y fin desastroso el examen pericial, Nieves no desmintió en un ápice el papel maravilloso que había estado representando desde hacía siete años. Las hermanas la vieron comulgar con el mismo fervor de siempre, y si bien es cierto que no tenían fe en el hecho sobrenatural que se atribuía a Nieves, no lo es menos que jamás pudieron imaginar el desenlace que las llenó de horror e indignación.

Al fin llegó el momento de *herrar o quitar el banco*. El señor arzobispo se presentó el 12 por la mañana en el hospital con el objeto de prevenir a las hermanas y a Nieves que, a la una del mediodía, empezarían los médicos la práctica de las pruebas que dieran por resultado poner la verdad en su punto.

La *santa* oyó la intimación con pasmosa indiferencia. El señor Arbeláez le preguntó qué deseaba, y aquella le pidió un frasco de agua de Colonia para darse frotaciones en las sienes, después de lo cual se despidió el prelado, encareciendo a las hermanas que debían celarla con el mayor escrúpulo en el cumplimiento de las delicadas funciones que iban a llenar.

Los celosos partidarios de la *santa* tenían tal fe en el buen éxito de la prueba a que se la sometía, que habían ordenado la fabricación de unos cuantos miles de *cohetones*, de a doce truenos cada uno, en memoria y reverencia de los doce dones que poseía la futura *Santa Nieves de Pacho*; tenían igualmente preparados los arcos para cuando la llevaran en triunfo a la Catedral a cantar el *Tedeum* en acción de gracias, y de allí, a Chapinero en solemne procesión...

A las doce del memorable día 12 de julio se presentaron en el hospital los profesores nombrados por el señor Arbeláez, llevando una báscula, con el objeto de empezar las experiencias por dejar establecido el peso neto del presente cuerpo glorioso.

Nieves vio acercarse a los médicos sin manifestar en su fisonomía la menor zozobra; no hay duda que ella creyó que la pesarían a *tercio cerrado*, esto es, con el cajón en que estaba de continuo; pero cuando comprendió que la iban a sacar del nido, declaró que no lo permitiría, y al efecto se aferró al cajón con las manos crispadas.

En el estado a que habían llegado las cosas ya no era posible retroceder. Los médicos declararon a Nieves que la sacarían del lecho aun contra su voluntad; oído lo cual por esta se inmutó de tal manera, que inspiró compasión a los profesores que la rodeaban. Y este sentimiento de los dignos caballeros que iban a poner en claro la verdad de lo que hubiera en la supuesta *santa* se comprende, al considerar la angustia y terror que debió de apoderarse de aquella mujer en el momento supremo de poner en descubierto el tenebroso abismo en que yacía el alma de la horrible sacrílega.

Contra potentes nemo.

Los profesores creyeron que iban a levantar el cuerpo de una tullida; pero, con el mayor asombro de los circunstantes, Nieves se puso en pie cuando la sacaron alzada de allí para pesarla en la báscula. Registrada la camilla, encontraron un depósito de *abacería de ultramarinos* suficiente para sostener un sitio, por ocho días, *sin comer ni beber*; y lo que fue más curioso aún, si cabe: el olor y color suficientes para demostrar que el supuesto cuerpo glorioso pasaba por el mismo cartabón de todo mortal que come y bebe...

Reconvenida Nieves por el infame papel que representaba de tanto tiempo atrás se encerró en estúpida negativa, y aún se atrevió a decir que la calumniaban cuando se referían a ella para asegurar que no comía ni bebía.

Faltaba evidenciar la patraña de los estigmas. El ojo escudriñador de los médicos descubrió que la hipócrita hacía uso del clavo que atravesaba los pies del crucifijo de metal que llevaba consigo para hacerse los rasguños al través de los guantes que le ponían con el fin de recoger la impresión de los estigmas.

Toda otra investigación era superflua después de que los médicos arrancaron la piedra angular en que se apoyaba el edificio de la *santidad* de Nieves, esto es, la prueba de que esta gozaba de perfecta salud corporal, para mantener la cual comía bien y bebía mejor...

Las Hermanas de la Caridad salieron horrorizadas de la pieza en que estaba Nieves Ramos, persuadidas de que había entrado el diablo con faldas en el hospital, creencia que se aumentó con la coincidencia de que en la noche del mismo día se sintió un temblor de tierra que hizo estremecer el edificio. En la mañana del día siguiente, a hurtadillas por temor a una conmoción popular, emprendió la ex santa el camino de Pacho, en donde recibió la intimación que le hizo el doctor Agapito Domínguez, en nombre del señor arzobispo, para hacerle saber que estaba excomulgada *ipso facto*, y que no le administraría los Sacramentos en tanto que no diera pública satisfacción por el escándalo dado, y se arrepintiera de los *centenares de veces* en que había recibido sacrílegamente la Eucaristía después de *mentir en la confesión*.

Nieves oyó con mucha calma la terrible sentencia, y contestó al doctor Domínguez que no le importaba, porque *a ella le traían los ángeles la comunión antes de la aurora*.

Entre las muchas aclaraciones a que dio lugar el descubrimiento de las supercherías de Nieves y de su digna madre y algunos cómplices más se cuenta la desaparición de dos *almas en pena*, paseando por los prados, que solían ver los vecinos de Pacho. Estos se convencieron de que el espanto no era otro sino las dos embaucadoras, que salían a pasear durante la noche para que se desentumeciera Nieves por el encogimiento en que permanecía durante el día.

Difícilmente se volverán a presentar dos mujeres de aparente moralidad y vida ascética que, con refinada hipocresía y fría premeditación, consumaran una serie de profanaciones que en tiempos anteriores las habrían conducido a morir en una hoguera. A primera vista podría creerse que en la asquerosa comedia que representaban de tiempo atrás entrara como factor la ignorancia; pero de las investigaciones practicadas para esclarecer la verdad se obtuvo la convicción de que eran muy diestras en el arte de engañar y de que tenían procedimientos científicos que las pusieran en capacidad de sostener, con lujo de malicia, las farsas mediante las cuales llevaban vida holgada y gozaban de las fruiciones consiguientes a la veneración de que fueron objeto.

La gravedad excepcional de los hechos que hemos referido nos impone el deber de publicar a continuación el informe que presentaron los médicos más notables del país en aquel tiempo, referente a los sucesos que tuvieron lugar como resultado de las investigaciones que practicaron en el Hospital de San Juan de Dios con Nieves Ramos. La respetabilidad de los profesores que firman tan notable documento no nos permite hacer otro comentario que prevenir a las escrupulosas lectoras de estas *Reminiscencias* la conveniencia de que lo lean empleando el sistema de cierto sacerdote que, al recitar la Pasión según San Lucas, en la misa del Miércoles Santo, pasaba las hojas del misal al mismo tiempo que decía: «Zoquetadas de San Lucas», salvo que deseen divertirse con una página inocente, que haría honor al realista Zola, siempre que la interpretación de los socorridos puntos suspensivos a que apelamos se haga con pulcra discreción.

«INFORME DE LA JUNTA DE MÉDICOS ENCARGADA DEL EXAMEN DE NIEVES RAMOS

»Hace algún tiempo que una mujer llamada Nieves Ramos ha estado ocupando la atención pública por considerársela, por algunos, como un ser sobrenatural, sostenido milagrosamente, y en quien la mano de Dios obraba sus prodigios. Según ella lo ha asegurado a algunos de los médicos que firman el presente informe y a las Hermanas de la Caridad, hacía ya de seis a siete años que vivía sin alimento y sin estar sujeta a las necesidades naturales y comunes a todos los seres vivientes; el hambre y la sed habían desaparecido para ella, y sus secreciones naturales..., que resultan de la digestión, estaban suprimidas. Su único alimento, al parecer, consistía en la ingestión de la forma sacramental que el sacerdote le administraba diariamente. Cinco estigmas, de los cuales cuatro en forma de placas rojas en las manos y en los pies, y uno en forma de herida linear de cinco a seis centímetros en el costado izquierdo, se registraban en su cuerpo, y de ellos vertía sangre todos los viernes, fenómenos que no se ha podido comprobar últimamente, porque, según asegura la propia Nieves Ramos, había dejado de presentarse desde el jueves de la Ascensión.

»En el mes de marzo del corriente año, el ilustrísimo señor arzobispo, con el fin laudable de averiguar la verdad, excitó a uno de ellos (Buendía) para que hiciese el examen correspondiente, el cual fue verificado en compañía del doctor Carlos S. Putnam y el químico doctor Luis Herrera, sin que se hubiese obtenido resultado alguno decisivo. Era, en efecto, imposible para los individuos antes mencionados permanecer en el caserío del Chapinero, en donde habitaba Nieves Ramos, para someterla a un examen tan constante, tan riguroso y atento como el caso lo demandaba. Por esta razón el doctor Buendía manifestó al ilustrísimo señor arzobispo que era de todo punto indispensable trasladar a dicha mujer al Hospital de San Juan de Dios, adonde fue, en realidad, conducida por orden del ilustrísimo señor arzobispo, el día 7 de los corrientes, en la misma cama que le servía de lecho en la habitación de Chapinero, y con los mismos abrigos y vestiduras que allí usaba.

»Desde el momento en que Nieves Ramos entró al Hospital, se encargó de su custodia y de atenderla y servirla la superiora de las Hermanas de la Caridad (la hermana Paulina), sin la intervención de ninguna otra persona. La pieza en la que se la colocó está situada al lado de la pieza superior de la hermana ya mencionada, y aunque comunicaba con las habitaciones de las demás hermanas, las puertas fueron condenadas, no dejando otra salida que

la que da al corredor. El doctor Buendía, de acuerdo con el ilustrísimo arzobispo, se asoció con los doctores José Vicente Uribe, Juan David Herrera (médicos encargados del servicio científico del hospital), Rafael Rocha Castilla, Pío Rengifo, Nicolás Osorio y Carlos E. Putnam, todos los cuales forman la comisión encargada del examen definitivo de Nieves Ramos.

»Desde el día 7 hasta el 12 del presente mes, Nieves Ramos permaneció en el cuarto de que se ha hablado, sin recibir a otras personas que los médicos de la Junta y al ilustrísimo señor arzobispo, pues era tan estricta la vigilancia que la superiora empleaba, que no permitió la entrada ni aun a los canónigos doctores Mejía y Acevedo Gómez, y en las visitas mismas de los médicos ella estaba siempre presente.

»El día 12, a la una y media de la tarde, después de varias reuniones anteriores, la Junta leyó al ilustrísimo señor arzobispo, que estaba presente, el programa general acordado para las investigaciones que debieran practicarse, reservándose el derecho de hacer todo aquello que condujese al esclarecimiento de la verdad. En esa misma sesión, el ilustrísimo señor arzobispo solicitó de la Junta el permiso de mandarle a Nieves Ramos agua de Colonia, que era lo único que ella le había pedido.

»Después de ausentarse el ilustrísimo señor arzobispo, se procedió a trasladar a Nieves Ramos a la pieza en que debía permanecer durante las investigaciones. Dicha pieza estaba completamente aislada de otras, y a la única puerta que a ella daba acceso se le había puesto una cerradura especial y característica.

»La traslación se hizo conduciendo a Nieves en la misma cama en que vino de Chapinero, y bajo la inmediata vigilancia de la superiora y de las Hermanas Melanie y Saint Clé, sin que los médicos ni otra persona alguna se aproximasen al lecho.

«Una vez en el cuarto se hizo cerrar la puerta, quedando en él, además de Nieves, los médicos, las tres Hermanas mencionadas y el señor Teodosio León, que había sido llamado para manejar la báscula en que debía ser pesada la primera. El objeto que la Junta se proponía al pesar a Nieves era apoderarse de la cama de ella y averiguar la pérdida de peso que experimentaría, si en el lecho no se encontraban las sustancias con las cuales debiera alimentarse.

«Habiendo colocado a Nieves Ramos en la balanza, se procedió al examen de la cama en que hasta entonces había permanecido, y levantados los abrigos por su orden, se hallaron encima del colchón los siguientes objetos: un queso entero pequeño, una panela envuelta en un pañuelo blanco con bordados de pino; un trapo con bocadillos; otro que contenía una sustancia alimenticia compuesta, al parecer, de queso salado y harina, dos monedas de a cincuenta centavos, un atado de trapos sucios, envolviendo una pieza de ropa del tamaño de un pañolón mediano..., de un olor fuertemente amoniacal: tres fragmentos de tela, dos de los cuales con varias y grandes manchas...; una... de caucho adecuada al uso de..., envuelta en un pedazo de tela y que por su aspecto indicaba haber sido empleada con frecuencia. Mientras todo esto se encontraba, Nieves Ramos fue llevada de la balanza al suelo, notándose en ella singular cuidado de que sus vestidos y el cobertor que había servido para alzarla de la cama le cubriesen completamente sus miembros inferiores. Esto hizo comprender a los médicos que ella ocultaba objetos que debieran ser examinados, y en su consecuencia ordenaron a las Hermanas que procedieran a practicar un registro escrupuloso, lo que dio lugar a una verdadera lucha entre las tres Hermanas de la Caridad y Nieves Ramos. Vencida al fin la resistencia que esta opuso, después de amenazarle con que dicho registro sería hecho por los médicos mismos, se le sacó... media botella que contenía vino en cantidad como de una cuarta parte de la misma botella.

»Además de los objetos ya mencionados, Nieves Ramos tenía un crucifijo de metal blanco, pendiente de una cadena de cobre que estaba armado, tanto en la corona como en la mano y los pies, de puntas o ganchos sumamente punzantes, con los cuales, y muy particularmente con el que atravesaba los pies, es sumamente fácil dilacerar la piel. Igualmente se le hallaron varios alfileres de gancho.

»En presencia de tales hechos, Nieves Ramos se inmutó, en términos de quedar dominada por el terror, circunstancia que advirtió uno de los médicos y la hizo notar a los demás concurrentes.

»La Junta hizo llamar inmediatamente al ilustrísimo señor arzobispo, para que él mismo se persuadiera del resultado de nuestras investigaciones; pero, por desgracia, ya él había partido para Chapinero, según nos lo informó el doctor señor Cosme Gómez Maz, mayordomo del Hospital.

»Después de lo que se acaba de referir fue cuando entraron los doctores Abraham Aparicio, Gabriel Castañeda, Cosme Gómez Maz, las Hermanas Saint Paul y Emerence, los estudiantes de medicina y otras personalidades.

»De la exposición anterior resulta:

»1º. Que Nieves Ramos tenía en su propio lecho los alimentos suficientes para sustentarse por el número de días que sus allegados habían creído duraría la observación de los médicos. En esos alimentos entraban las materias azoadas y respiratorias que la fisiología ha juzgado necesarias para la conservación de la vida.

»2º. Que Nieves Ramos excretaba..., y la recibía en trapos cuyo olor... demuestra que le habían servido para recoger... en los días que permaneció en el Hospital, del 7 al 12.

»3º. Que la... encontrada en su poder le servía para extraer la..., operación que ella practicaba con el objeto de evitar que ese líquido humedeciese la ropa de la cama probablemente con el de que al examen de los médicos se encontrase la... en estado de vacuidad.

»4º. Que Nieves Ramos tenía conocimiento pleno de los objetos encontrados en su lecho, lo cual está demostrado no solamente por la situación de ellos en la cama, sino también por la confesión que le hizo al presbítero doctor Tomás Escobar en la noche del 12, según consta de la aseveración que este hizo a dos de los médicos de la Junta.

»5º. Que el agua de Colonia pedida por ella al ilustrísimo señor arzobispo no tenía más objeto que el de neutralizar los malos olores que, naturalmente, se desprendían...

»6º. Que los estigmas no habían dejado ya otros rastros que la presencia de varias cicatrices múltiples, pequeñas y sucesivas, aglomeradas en las palmas de las manos, las plantas de los pies (en donde casi no existían), en el dorso de estos y en el dorso de las manos, que era el punto donde ellos estaban más aparentes y más desarrollados. No es extraño, y mucho menos inexplicable, como se ha pretendido, que una o varias pequeñas heridas de la piel que viertan sangre por uno o dos días —gracias a la renovación sucesiva de ellas— se cicatricen del tercero al cuarto día, dejando una costra que cae por sí misma, o puede ser arrancada, sin que haya verdadera supuración, y marcando indeleblemente al individuo.

»A nuestro modo de ver, los estigmas de Nieves Ramos fueron determinados por las punzadas o desgarraduras que ella misma se hacía con el Cristo armado de que ya se ha hecho mención, o con alfileres o cualquier otro instrumento punzante.

»Convencidos los miembros de la Junta de que los hechos prodigiosos, extraordinarios y sobrenaturales, atribuidos a Nieves Ramos, no son más que una impostura sacrílega, solicitan respetuosamente del ilustrísimo señor arzobispo le ponga término a ella, valiéndose de los medios que le sugiera su sabiduría y de la autoridad de que está investido.

»Los hechos anteriormente relacionados y las conclusiones que de ellos se desprenden, estamos dispuestos a sostenerlos bajo la fe del juramento.

»Bogotá, 12 de julio de 1879.

»José M. Buendía, R. Rocha Castilla, J. David Herrera, Nicolás Osorio, J. V. Uribe, Carlos E. Putnam, Pío Rengifo.»

Sin la prudente energía del ilustrado arzobispo señor Arbeláez, la farsa habría tomado mayores proporciones. Supongamos que Nieves Ramos hubiera muerto antes de las investigaciones prevenidas por el prelado; el resultado inevitable habría sido la formación de un voluminoso expediente, en el cual se leerían por millares las declaraciones de personas piadosas, que asegurarían, bajo la gravedad del juramento, la realidad de los prodigios que se palpaban en la para ellos *santa y estigmatizada*; y para desautorizar el enredo de aquellas dos desalmadas mujeres, habría sido preciso emplear cuando menos todo el prestigio de la infalibilidad de la Iglesia.

No seamos severos con las personas engañadas por las supercherías sacrílegas de las abominables Nieves Ramos y su digna madre: empezaron estas sus bellaquerías mintiendo ante los sacerdotes con quienes se confesaban, y estos cayeron en el garlito por la sencilla razón de que no es fácil suponer que alguien se presente voluntariamente en el tribunal de la penitencia con el insensato propósito de engañarse a sí mismo.

Algunos años después murió, reconciliada con la Iglesia, la protagonista de esta historia. Por uno de aquellos designios incomprensibles de lo Alto, el crucifijo que sirvió a Nieves Ramos como instrumento de impiedad para escandalizar fue el mismo que recogió las lágrimas postreras de la penitente moribunda.

Notas

[2] Fue un personaje muy popular en Bogotá a mediados del siglo pasado. Pertenecía a una distinguida familia y era abogado y poeta, pero su afición al ajenjo lo desequilibró. Se anunciaba el público gritando por las calles: «Desde el Oriente al Ocaso, Rafael Lasso.» (Gustavo Otero Muñoz: «Los locos de Bogotá», Academia Colombiana de Historia, Conferencias, 1944-45). La noche del asesinato de Antonio París se dirigió a los artesanos con las palabras: «¡Paz, señores artesanos!» (Véase Serie II de las *Reminiscencias*.)

RONCOY
EL ÚLTIMO VERDUGO DE SANTAFÉ

I

El verdugo, en todos los tiempos.—La decapitación de Santa Cecilia y de María Estuardo. —La horca de Pascual Bruno.—El suplicio de don José María Carbonell en la Huerta de Jaime.—Un ajusticiamiento en Marsella.

APENAS HAY OFICIO que despierte en el ánimo sentimientos de horror y repugnante aversión como el de verdugo, cosa que experimenta en todos los actos de su vida el desgraciado a quien toca en suerte ejercer la tenebrosa profesión de privar de la vida a su prójimo, sin odio ni rencor que lo impulsen a ello, y solo por el cumplimiento inexorable de horrible deber.

El verdugo experimenta los inconvenientes de su posición cada vez que se encuentra con alguno de sus semejantes. En efecto, si entra al templo a orar, debe buscarse un sitio apartado que lo oculte a la avidez de las miradas de los concurrentes, que se fijan sobre él con implacable curiosidad. La presencia del verdugo en algún establecimiento de carácter público, ya sea café, hotel o paseo, ahuyentaría irremisiblemente a los parroquianos, temerosos de alternar en cualquier forma con ese hombre.

Por una especie de convenio tácito entre el verdugo y los demás hombres, el primero se fija en la cabeza de aquellos con quienes se encuentra en la calle, como si quisiera tomar anticipada posesión de una cosa que puede llegar a pertenecerle en el momento menos pensado; los últimos, a su vez, miran con pavor al siniestro personaje de quien no es imposible llegar a ser clientes por ministerio de la ley...

A pesar de todo, la importancia del verdugo decrece de día en día, sin duda, a causa de que se le han arrebatado en parte sus funciones y prerrogativas, desde que la mecánica y la ciencia se empeñan en suplantarlo.

Antaño, nuestro siniestro personaje vestía traje especial, distinto del de los demás hombres, y en el desempeño práctico del oficio desplegaba fuerza, agilidad y sangre fría excepcionales; pero como somos falibles, no era raro que procediera con torpeza al dar el golpe fatal. Entre muchos casos desgraciados, citaremos tres, que forman punto culminante en la historia de las ejecuciones capitales.

A Santa Cecilia no logró cortarle la cabeza el verdugo, a pesar de tres golpes mortales que con la espada le asestó sobre el cuello; y las leyes romanas disponían que si, después de recibidos tres golpes, no moría el reo, prescribía la jurisdicción del verdugo para volverlo a herir. Tres días duró la agonía de la virgen cristiana, hasta que se presentó el Papa Urbano, a quien la santa entregó los pobres que sostenía y le hizo donación de su casa, con destino a la erección de un templo, después de lo cual el Pontífice le permitió morir, según lo refiere la historia.

Hondo gemido exhaló la infortunada María Estuardo al recibir el primer golpe de hacha que, torpemente, o por orden secreta de la implacable Isabel, según refieren algunos historiadores, le dio el verdugo antes que saltara la cabeza de la infeliz sobre el lecho de aserrín preparado para recibirla.

Horrible fue la ninguna destreza del verdugo de París al ejecutar al conde de Chalais, condenado a muerte como conspirador por el cardenal Richelieu: más de veinte golpes de hacha recibió aquel desgraciado antes de que rodara la cabeza. La madre, que no abandonó al hijo ni aun en el cadalso, exclamó con orgullo cuando, al fin, expiró el conde: «¡Gracias, Dios mío: yo creía ser madre de un rebelde y lo soy de un mártir!»

La horca también solía tener sus percances para el verdugo.

El terrible cuanto novelesco bandido Pascual Bruno fue condenado a la horca; pero se reventó la cuerda con el peso de la víctima, y en el acto el verdugo hundió su cuchillo en el pecho de Pascual. Al sentirse herido, este arrancó el arma de manos de su agresor y se la clavó en el corazón, diciéndole, con ademán de venganza y supremo desprecio:

—¡Miserable, aprende a matar!

El hecho fue que Bruno sobrevivió algunas horas a su verdugo.

Al doctor José María Carbonell, joven prócer, se le sacrificó cruelmente por el implacable Morillo, en la Huerta de Jaime, el 19 de junio de 1816.

Para mayor escarmiento de los patriotas se resolvió que muriera ahorcado; pero el verdugo fue tan torpe en la ejecución, que, mal arreglada la cuerda, quedó la victima suspendida en el aire, sufriendo horribles contorsiones y fatigas, hasta que uno de los soldados de la escolta le hizo la caridad de darle un balazo en el pecho, que lo remató después de prolongada agonía[3].

También es muy conocida la anécdota del *cotudo*, que, al ser colgado en la horca, se le escurrió la lazada, lo que arrancó al verdugo esta gráfica frase:

—¡Jamás me había sucedido!

—¡Ni a mí tampoco! —replicó el *cotudo* con voz gangosa.

La vida en los seres organizados es un misterio que trae confundidos a los sabios, sin que hasta el presente sepamos otra cosa en tan importante asunto si no es lo que nos repite diariamente la Iglesia: «Basta para morir una gota de sangre que caiga sobre el corazón, la rotura de una vena en el pecho, un ataque de asfixia, una inundación, un terremoto, un rayo, la mordedura de un animal venenoso, la menor de todas estas causas y muchas otras que sería prolijo e inútil enumerar.»

Nadie sabe por dónde ni cómo se escapa el alma; pero hay puntos delicadísimos en el organismo que, al sentirse heridos, parece como si abrieran amplia brecha por donde penetre la muerte.

Siendo tan fácil como sencillo el morir, parece que la justicia de los hombres hubiera tenido en cuenta esos axiomas para excogitar los medios de matar a los condenados al último suplicio; pero no es así.

Descuella en primer término el suplicio de la cruz, que tuvo origen en el Extremo Oriente; fue conocido de los escitas y de los persas, de quienes lo tomaron los griegos, y lo enseñaron a los romanos. Se hizo acreedor a especiales consideraciones, por cuanto fue el instrumento elegido por Dios para el sacrificio del Redentor del mundo. Se le consideraba como el aparato más infame y cruel: los supliciados morían presa de atroces tormentos, y no era raro el caso de que el crucificado agonizara durante tres o más días, hasta que el hambre la sed, los calambres y la congestión de las vísceras producían la asfixia, y después servía el ajusticiado de pasto a las aves de rapiña.

En los países cristianos se abolió ese suplicio, y la cruz se trocó en lábaro sagrado que Constantino vio esculpido en el cielo: adorna la corona de los reyes y emperadores, las cúpulas de las Catedrales, y, hasta los judíos, que le tienen tanta aversión y le hacen el asco, se dan sus trazas de llevarla en el pecho como una de tantas condecoraciones que se disciernen al mérito personal. En la actualidad se hace uso del suplicio de la cruz en la China, en algunas provincias lejanas del Japón y entre varios pueblos salvajes.

La lapidación se usó en los tiempos primitivos, y proporcionaba al pueblo ocasiones para ejercitar y saciar el instinto de crueldad que domina a las multitudes.

No entraremos en el dédalo de sistemas adoptados para ejecutar a los reos, porque sería interminable la descripción de los variadísimos procedimientos que se usaron, desde obligar al noble elefante a que aplaste la cabeza de los reos, posándoseles encima una de sus potentes patas, hasta el suplicio del antropófago prisionero de sus congéneres, a quien cortan vivo lonjas de carne que asan y comen a la vista de su víctima, con tal refinamiento de crueldad y egoísmo, que no se dignan ofrecerle ni un bocado por cortesía, no obstante los deseos manifiestos de participar del repugnante manjar.

Parece que el ideal de los criminalistas hubiese sido ocasionar la muerte de los condenados por medio de sistemas que produjeran horribles tormentos. A este respecto, no dejan nada que desear el empalamiento, la rueda, la descuartización, la hoguera, el desollamiento, el hambre y la sed, con unas cuantas etcéteras que el lector, con su buen criterio, tomará en cuenta.

Después de mucho divagar en tan grave asunto, se le ocurrió al doctor Guillotín la invención de la famosa máquina, que dio excelentes resultados, como lo demuestra el hecho de haberse cortado con su cuchilla, en la sola ciudad de París, la no despreciable cifra de 2.625 cabezas, de 1793 a 1794.

Pocas variaciones ha sufrido la guillotina. Tal como se usa en la actualidad, consiste en una plataforma sobre la cual se elevan dos postes verticales en riguroso paralelismo; en la parte superior se coloca la terrible cuchilla de forma triangular, coronada de un quintal de plomo, cuyo peso centuplica la fuerza en razón directa de la altura cuando desciende con prodigiosa rapidez guiada por las ranuras que tienen los postes. Al frente

del aparato descrito hay una plancha o báscula de madera que gira sobre el respectivo soporte por medio de un eje; al tiempo de la ejecución se le da posición vertical para colocar al reo y atarlo con correas a la plancha, de manera que la cabeza y los pies queden libres; en seguida se pone horizontalmente y se corre hasta topar con los postes, por entre los cuales pasa la cabeza. En esta actitud se fija la posición de la víctima con la media luna, especie de chumacera de cobre, cuyo eje es el cuello del reo con la cara hacia la tierra. El verdugo aprieta un resorte: un golpe sordo indica que la cabeza desciende cortada por entre un buzón para caer en un cesto lleno de aserrín. Al cuerpo sin cabeza se le hace deslizar por una tronera de la plataforma y lo reciben debajo, dentro de un saco, los hermanos de la cofradía de los ajusticiados, quienes le dan sepultura poniéndoles la cabeza en medio de las piernas y *requiescat in pace*.

Antaño vestía el verdugo traje especial con gorro frigio; cortada la cabeza del reo, la tomaba por los cabellos para mostrarla al pueblo: a la de Carlota Corday se permitió el infame ejecutor darle una bofetada.

Ogaño las funciones del verdugo se reducen a comprimir un resorte para que descienda la cuchilla, pues las operaciones de cortar el cuello del vestido y el cabello de la nuca del reo, colocarlo en la guillotina, hacer escurrir el cuerpo del ajusticiado, armar y desarmar la máquina, son oficios indecorosos reservados a sus ayudantes.

El *ejecutor de altas obras* se presenta *en grand tenue* de frac, corbata blanca, sombrero *clac* y guante blanco, con el mismo aspecto de un *gentleman* que concurre a suntuoso banquete de gala.

No podemos resistir el deseo de hacer conocer la respuesta que hubimos de dar con motivo de la ejecución de tres bandidos, que presenciamos en Marsella, en el año 1868.

El respetable banquero señor Benjamín Chaix Bryan daba recibo los lunes en su casa. Precisamente fue un lunes el día de la ejecución, y como era natural, se habló sobre el acontecimiento del día.

—Allá estaría toda la canalla de Marsella —nos dijo con la mayor ingenuidad el señor Chaix Bryan.

—Entre los cuales se contaba su muy atento servidor —le replicamos sin darnos por notificados.

—¡Oh! —exclamó, estupefacto, nuestro interlocutor—; perdone usted, yo ignoraba...

—No se preocupe usted, mi buen amigo —le dijimos para tranquilizarle —. Éramos más de cien mil canallas presenciando la ejecución de los italianos, y en América tenemos un refrán que dice: «Mal de muchos, consuelo de tontos.»

El garrote vil español parece contemporáneo de la guillotina; es más sencillo que esta en su construcción, e igualmente rápido en sus efectos.

Sobre una plataforma se eleva un poste con asiento para el reo, a quien se le asegura el cuello con un corbatín de hierro, de forma semicircular, adherido al poste por medio de goznes que permiten abrirlo y cerrarlo en cada ejecución.

Detrás del poste, al frente del corbatín, corresponde una escopleadura por la que pasa una plancha de acero en forma convexa, de diez centímetros de ancho y algunos milímetros de espesor en la extremidad, a la cual se le da impulso hacia el cuello del reo por medio de un potente tornillo movido por la rueda o manubrio que maneja el verdugo. La operación de matar apenas dura un segundo de minuto, que emplea la masa de acero para casar con el corbatín contra el cual reduce el espesor del cuello a ínfimas proporciones, después de macerar los tejidos, la vértebra respectiva y la medula espinal.

El aspecto del ajusticiado es horrible, porque la compresión de la sangre que le sube al cerebro le pone el rostro de color azulado con los ojos y la lengua fuera de su lugar; si la víctima es de constitución robusta, suele abrírsele el vientre y arroja los intestinos palpitantes al impulso que les imprime la violencia de los líquidos que buscan salida.

Todas las historias que se nos refieren acerca de la supervivencia de las cabezas cortadas en la guillotina, son meras fábulas o fantasías de cerebros enfermos. Si el derrame de diminuta gota de sangre en el cerebro produce apoplejía fulminante o parálisis que embota indefinidamente las facultades intelectuales, ¿qué sucederá después del golpe que corta las arterias, venas, músculos, vértebras, medula espinal y, por postre, hace caer la cabeza dando botes en el aire hasta que llega al canasto con aserrín que la recibe?

La última invención para despachar a los criminales en los Estados Unidos de América es la silla de electrocución, que mata por medio de

poderosa corriente eléctrica que padece el reo; pero todavía no está bien determinado si la muerte es instantánea o si sobrevive el paciente algún tiempo después de recibir el terrible fluido. Hasta hoy se cree que el reo muere por combustión, a juzgar por el olor a carne quemada que despide.

No entraremos en los detalles del fusilamiento, que despedaza el cuerpo a balazos; este género de muerte se concede como honroso privilegio a los militares condenados al último suplicio.

Entre los diversos sistemas adoptados para quitar la vida a los criminales por delitos comunes, ocupa desde tiempo inmemorial lugar preferente el de la horca; puede decirse que es el aparato clásico por excelencia.

Con el mismo resultado se han introducido modificaciones en el *modus operandi*, que relataremos antes de entrar en la historia de Roncoy.

En Inglaterra se colocaba en alto, al frente de una ventana de la cárcel, el aparato del cual pendía la cuerda, a cuyo extremo tenía la lazada que se aplicaba al cuello del reo, y se lanzaba al aire donde brincaba como los muñecos pendientes de un hilo de caucho. Después se cayó en la cuenta de que las piruetas que daba el ahorcado despertaban la hilaridad del respetable público, y se modificó el sistema sujetando los pies del ajusticiado a unas argollas fijas sobre una plataforma recargadas con varios quintales de peso: al quitarle el resorte que la mantenía fija, se atesaba de tal modo el cuerpo del cual pendía, que la muerte era igual a la de un pollo cuando lo estrangula la cocinera.

La horca española que se conoció en el Nuevo Reino de Granada representaba todo un sistema por su originalidad en la materia.

En alto y macizo poste vertical con un apéndice en ángulo recto sostenido por un pie de amigo, el todo formaba un triángulo en la parte superior, del cual pendía en el extremo horizontal la cuerda destinada al reo.

El verdugo subía adelante, detrás el reo, a quien se acomodaba la lazada en el cuello, y en el acto el verdugo daba el puntapié a la escalera, que caía, mientras que el primero, por un acto de consumado acróbata, se trepaba a los brazos de la horca; se montaba a horcajadas sobre los hombros de la víctima y le aplicaba talonazos en el estómago para rematarle pronto, mientras los ayudantes le sujetaban las piernas con el fin de impedirle las volteretas y cabriolas. Si, lo que sucedía con frecuencia, se reventaba la

cuerda y caían todos, el reo pasaba a ser propiedad del convento a que pertenecían los frailes auxiliadores.

Generalmente se cree que el suplicio de la horca es muy penoso, pero la siguiente anécdota histórica prueba lo contrario.

En el barrio de Whitechapel, en Londres, descubrió la Policía el cadáver de un hombre con todas las apariencias de muerte violenta por medio de la estrangulación.

Compelidos los moradores de la casa donde se encontró el muerto, declararon que allí ejercía la lucrativa y honesta empresa de proporcionar a los clientes el goce de los *placeres de la horca*, mediante el pago de un chelín. El procedimiento era muy sencillo: con suavidad se les comprimía el cuello hasta producirles el principio de congestión cerebral que da lugar a una fantástica visión luminosa, espléndida y magnífica, semejante a la más brillante aurora boreal. El caso desgraciado, que dio lugar al descubrimiento, se achacó a culpa del parroquiano, por la exigencia de que le prolongaran indefinidamente el *goce* a que se había aficionado; lo propio suele suceder a los viciosos del opio y la morfina.

No sería raro que los empedernidos criminales, conocedores del secreto, miren con tanto desprecio la horca.

II

Quién era Roncoy.—Su ascenso a verdugo.—Su primer ensayo y fuga.—Historia de sus delitos y muerte.

ENTRE LOS SOLDADOS que condujeron a Honda a los padres capuchinos españoles, exagerados realistas en 1814, se contaba Antonio Roncoy, criollo americano. Después de varias peripecias y sin ningún motivo, se dio muerte violenta a dichos religiosos por el delito de ser fieles a su rey.

Toda medalla tiene reverso: al volver triunfantes los pacificadores españoles en 1816, abrieron la correspondiente información sumaria, como se estilaba en aquellos tiempos. Sobaron denuncias, se puso la mano a los soldados de guardia nacional que habían formado la escolta que condujo a los capuchinos y se les fusiló por la espalda como traidores, exceptuando a Roncoy, a quien se le conmutó la pena de muerte por la de *verdugo de número* de Santafé.

El común de las gentes felicitó a Roncoy por la gracia obtenida, y encomió la magnanimidad de don Pablo Morillo, porque había salvado la vida a un insurgente que merecía suplicio como supuesto auxiliador en la muerte de los capuchinos.

A Roncoy le supo agridulce el cambio de pena, pues presumía, con razón, que era inhábil e inadecuado para ejercer el oficio de verdugo, ya que por ignorancia del procedimiento, ya por falta de buen ánimo y serenidad, llegado el caso: este no tardó en presentarse.

En aquella época podía aplicarse prácticamente el aforismo del Evangelio: «Mucha es la mies, pero pocos los operarios.» En efecto, abundaban víctimas patriotas destinadas al sacrificio, y no había suficientes verdugos para ajusticiarlas, en razón a que no todos debían morir fusilados, porque en el Nuevo Reino de Granada faltaban las vocaciones para la infame profesión. Como se ve, esta circunstancia aminora en mucho el mérito de la conmutación de la pena de Roncoy.

Poco tuvo que esperar el novel verdugo para hacer el experimento de habilidad en la nueva profesión. Roncoy debía ahorcar a un ladrón, asociado a dos presidiarios graduados de ayudantes, por el mismo sistema del que se empleó para hacerlo verdugo.

Atónito y más impresionado que el reo a quien iba a matar, esperaba aterrado, al pie de la horca elevada en la plazuela de San Victorino, Roncoy con sus improvisados auxiliares. El condenado se le presentó, montado en un asno, revestido con túnica negra y la especie de mitra del mismo color que se llama sambenito, acompañado de dos religiosos dominicanos, precedidos del Crucifijo Montepío, la Cruz de los Agonizantes, dos faroles enastados y la lúgubre campana esquilón, el todo en medio de la correspondiente escolta.

Ante aquel imponente y lúgubre aparato, capaz de dar miedo a cualquiera, se acabó el poco ánimo que tuviera Roncoy, quien, a insinuación de uno de los religiosos, pidió perdón de rodillas al reo por la muerte que forzado iba a darle y hasta le suplicó con lágrimas en los ojos que rogara a Dios lo librara de la infame profesión. A mal que no tiene remedio, hacerle buena cara.

Hasta que el reo subió la escalera de la horca no desempeñó mal Roncoy su nuevo oficio; pero no pudo hacer caer la escalera a tiempo, y el candidato quedó a medio colgar del pescuezo, dando furiosas patadas y sacudidas en su penosa agonía. Roncoy no se atrevió a ponerse a horcajadas en los hombros de la víctima, los ayudantes se asieron a las piernas del ajusticiado y lo atesaron tanto, que reventó la cuerda y todos juntos vinieron a tierra: felizmente el más interesado en la ejecución murió desnucado por el terrible golpe que recibió al caer.

Espantado Roncoy de su obra, se le trocó en furia el terror cuando todo estuvo concluido, y sin hacer formal entrega del muerto, sacó un cuchillo, se abrió paso en presencia del cuadro de soldados formados para la ejecución y no paró hasta que llegó a la ciudad de Honda, lugar de su nacimiento, para ocultarse en sus inmediaciones.

Apenas supo el gobernador Angles, comandante de la plaza de Honda, que Roncoy había huido de Santafé, ofreció quinientos pesos de premio al que lo entregara vivo o muerto.

Poco tiempo después el gobernador de Honda tuvo denuncia de que Roncoy estaba en casa de su manceba, sita en *Quebradaseca*, y en la primera noche oscura fue allí con una escolta, la cual, al llegar a la casa donde se hallaba el verdugo de Santafé, la rodeó y llamó a la puerta intimándole rendición.

Al verse descubierto Roncoy, ordenó a su querida que abriera, se armó de un puñal y salió precipitadamente tirando cuchilladas a diestra y siniestra, con una de las cuales mató al jefe de la escolta, hirió mortalmente a varios soldados y huyó ileso, despreciando el fuego que le hacían los carabineros del gobernador.

Empeñado el gobernador de Honda en coger a Roncoy, ofreció mil duros al que se lo entregara.

La codicia tentó a dos bogas, quienes para ganar la recompensa ofrecida acecharon a Roncoy cuando se hallaba pescando en el puerto de *Bodeguitas*, una legua arriba de Honda; se le acercaron fingiéndose amigos y lo atraparon; pero el verdugo trabó desesperada lucha con los traidores bogas hasta que logró zafárselos y arrojarse al río, donde no se atrevieron a seguirle sus perseguidores.

Roncoy siguió río abajo; mas al llegar al puerto de *Pescaderías* se apercibió de un hombre sospechoso agachado a la sombra de una canoa y, creyendo que lo acechaba, se consumió para tomar una piedra, con la cual le dio terrible golpe en la cabeza al que creía espía, dejándole muerto, y en seguida se echó salto abajo.

Roncoy creyó hallar seguro refugio en la *Egipcíaca*, porque era amigo de los negros allí establecidos; desgraciadamente, estos también sabían que había un remedio en dinero ofrecido por la persona de aquel, y en la primera ocasión propicia lo embriagaron, y ya lo conducían a Honda atado con fuertes ligaduras, cuando en el momento menos esperado el prisionero arrebató el machete a uno de los conductores, cortó las ligaduras, mató a uno, hirió a otro, y los demás huyeron dejándole en libertad.

En el año de 1819, a la vuelta de los patriotas, Roncoy se presentó de soldado en la columna que marchó al Cauca en persecución de las fuerzas españolas que combatían en el Valle; derrotados por estas, volvió con otros compañeros al Tolima por la vía de *Barragán*. Desgraciadamente llegaron al Chaparral a tiempo que cundía el alarma en las entonces provincias de Mariquita y Neiva, motivada por los excesos sometidos por unos húsares desertores de Popayán que robaban y asesinaban a cuantos tenían la desgracia de encontrarse con ellos.

Roncoy se acercó con sus compañeros a un ranchito, cuyos habitantes los confundieron con los húsares ladrones y dieron la alarma a sus vecinos, quienes, reunidos y armados, cayeron a balazos sobre los derrotados, uno de los cuales atravesó un brazo a Roncoy. Reconocido el error, los labriegos le proporcionaron auxilios, y, restablecido de su herida, volvió Roncoy a radicarse en Honda.

En su carácter de *prócer de la Independencia* le fue fácil a Roncoy obtener una plaza en el resguardo de aguardientes, en cuyo puesto se hizo temer por la crueldad de sus procedimientos. Entonces advirtió que era preferible arrostrar por cuenta propia las iras de los prójimos, y se dedicó con franqueza a la lucrativa profesión de contrabandista de la renta de tabacos, oficio en el cual desplegó grandes dotes de arrojo y astucia.

A Roncoy se le reconoció como hombre valiente que se preciaba de tener porte caballeresco, exacto en el cumplimiento de la palabra empeñada, defensor del desvalido, refractario a los mandatos de la autoridad y a la

fuerza bruta, de la que se burlaba como podía; estas cualidades hacían contraste a los vicios que le dominaban, especialmente al amor desordenado al sexo débil, al licor y al juego, todo lo cual le proporcionó serios conflictos y persecuciones.

Achacoso y agobiado por prematura vejez, cayó Roncoy en poder del jefe político de Honda, quien, en atención a que el preso era hombre peligroso e inquieto, lo hizo asegurar con una argolla en cada pie contra un *hobo* que había en el patio de la cárcel: allí, sobre un lecho de estiércol y comido de gusanos, murió el último verdugo de Santafé.

Notas

[3] José María Caballero (*Diario*, Biblioteca de Cultura Popular Colombiana, 1946) refiere, como testigo de vista, que el verdugo le pidió perdón a Carbonell, y que este le contestó: «Yo te perdono de corazón, que tú no tienes la culpa.» Habiendo sido soltado de la horca antes de morir, los soldados dispararon para rematarlo, pero los tacos de papel que se usaban en los fusiles prendieron fuego a la túnica de lienzo de Carbonell y lo quemaron antes de morir.